



N° 15

***“Dos trabajos sobre Hannes
Meyer en México”***

Autores: Adrián Gorelik y Jorge F. Liernur.

Agosto de 1990

El arquitecto en la construcción del “capitalismo real”;
Hannes Meyer en México, 1938-1949.

ADRIÁN GORELIK

Instituto de Arte Americano FADU—UBA /CONICET Buenos Aires, abril de 1990.

Nota:

En el origen de muchas de las hipótesis que se presentan en este ensayo debe señalarse la impronta de la presentación inicial que hiciera Pancho Liernur en 1985, cuando organizó la cátedra “Problemas de la arquitectura contemporánea” FADU—UBA, sobre la importancia de la actividad de Hannes Meyer en México; de ahí en adelante las deudas se multiplican con todos los otros compañeros de la cátedra: Fernando Aliata, Anahí Ballent, Mercedes Daguerre y Graciela Silvestri, con quienes la discusión y la confrontación han sido y son permanentes. Pero particularmente este texto debe muchísimo a las críticas y al seguimiento puntual de Graciela Silvestri y al generoso estímulo brindado por el profesor Werner Oechslin para que se materializase y pudiera ser presentado en la mesa “Hannes Meyer en México” como parte del homenaje a Meyer que realizó el Politécnico de Zurich en esa ciudad, en mayo de 1990. A todos ellos va mi agradecimiento.

El arquitecto en la construcción del “capitalismo real”; Hannes Mayer en México, 1938-1949.

Adrián Gorelik

Instituto de Arte Americano. FADU-UBA / CONICET.

“Cuida, cuando pienses morir,
que ninguna pista delate el lugar donde yaces
con una inscripción, Que señale
tu nombre y el año de tu muerte.
Una vez más
borra tus huellas!”

BERTOLT BRECHT, “Libro de lectura para habitantes de la ciudad”
(primer poema), 1928.

1.

Por una desafortunada paradoja, la llegada de Hannes Meyer a México, el país en el que en medio del avance mundial del fascismo la esperanza en la revolución social había renacido, se produce en el mismo momento en que el presidente Lázaro Cárdenas (factótum de tal esperanza) le imprime un giro notable a su política; a partir de 1938, ésto derivará en un alineamiento incondicional con los Estados Unidos y en una eficaz apertura capitalista que será profundizada por su sucesor, Ávila Camacho (1940-1946), y llevada a las últimas consecuencias por la gestión de Miguel Alemán (1946-1952), consiguiendo que, en apenas una década, el México socialista resultara (según la aguda fórmula de Halperín) el país que mejor supo adaptarse al clima del capitalismo en Latinoamérica.¹

En efecto, 1938 es el año de mayor conflictividad obrera, el año en que la retórica revolucionaria alcanza picos notables, el año de las expropiaciones petroleras; pero también el año en que se detiene la original reforma agraria que se venía profundizando desde 1935, el gobierno hace las paces con la iglesia, y el conjunto del movimiento obrero organizado inicia su camino de confluencia con el Estado en la construcción del nuevo modelo de desarrollo del capital. Podría decirse que, en 1938, en el mismo momento de conocer sus tonos más intensos, se disuelve aquello que le había permitido a Cárdenas darle nuevos bríos a la Revolución: esa manera de conducir México “con la sociedad puesta en pleno movimiento,

¹ TULIO HALPERIN DONGHI, Historia contemporánea de América Latina, Alianza, Buenos Aires, 1986.

con los obreros haciendo huelga y los campesinos ocupando las tierras, con los empresarios organizándose y organizando paros y el ejército dividiéndose, con las clases medias y la iglesia enervadas por las decisiones de política educativa y con una desafiante política exterior que condujo las relaciones con Washington al abierto desafío, el riesgo militar y el boicot económico. Con todos los elementos puestos al rojo vivo...”²

Pasados los coletazos de la euforia generada por el compromiso antifascista que llevó a la protección oficial de un exilio español masivo, y por la participación mexicana en la Segunda Guerra, la progresiva transparencia con que este proceso de “repliegue” va quedando en evidencia en los años cuarenta debe haber producido una enorme conmoción en Meyer, quien (de acuerdo a lo que afirmaba enfáticamente en sus primeras conferencias) creía arribar a uno de “los estados más adelantados del mundo”, donde “cada expropiación de ferrocarriles, fuentes de energía, refinerías de petróleo o ingenios, cada expropiación de tierras en beneficio de los ejidatarios, reduce las oportunidades para especular con los bienes nacionales y para explotar a los hombres mediante usura inmobiliaria”; un estado ideal para un urbanista socialista, ya que “sólo este proceso de liberación económica del pueblo mexicano (sigue Meyer) abre paso a una planificación nacional ordenada, en que todas las necesidades de vida del pueblo, materiales y culturales, se encuentran comprendidas y plásticamente realizadas en formas democráticas”.³ La carrera de Meyer parecía llegar a su conclusión natural: del cooperativismo romántico de la colonia Freidorf (1921) al compromiso militante que lo dispara del Bauhaus a la experiencia soviética (1930) y, desde allí, sin solución de continuidad, a aportar sus conocimientos técnicos en la nueva utopía de los treinta, la construcción del socialismo en un país americano.

El acento del presente ensayo ha intentado colocarse en el análisis de las formas que asumió edita etapa última de Meyer una vez que quedó claro que no había llegado a una nueva tentativa de “socialismo real”, como en la Unión Soviética, sino que toda su ciencia” debía enlazarse, ahora, al proceso de construcción de un “capitalismo real”. Es evidente que fue esto una de las principales causas de la progresiva desilusión de Mayer sobre las posibilidades de su trabajo en México, a la vez que motivo de su creciente aislamiento. Pero, a diferencia de otras interpretaciones historiográficas, aquí se intentará que esa efectiva desilusión no nos impida ver la influencia no menos efectiva, de Meyer en la cultura arquitectónica mexicana y en la organización de un eficiente aparato estatal; inserción cuya productividad fue posible no

² HÉCTOR AGUILAR CAMÍN, *Saldos de la Revolución*, Océano, México, 1984.

³ HANNES MEYER, “Experiencias de urbanismo”, conferencia dictada en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, en la ciudad de México, el 4 de octubre de 1938, publicada en *Arquitectura y Decoración* N° 12, México, octubre de 1938.

tanto a pesar del giro político, sino precisamente a raíz de él.⁴

Algunas de las preguntas que aparecen, entonces, para ponderar el interés de la experiencia mexicana de Meyer, podrían formularse de este modo: si coincidimos en que su paso del Bauhaus a la URSS expresa que “la aceptación del compromiso social, en tanto que compromiso de hacer y producir, es el preámbulo de la ideología burguesa a la teoría del socialismo realizado”,⁵ ¿es posible la “vuelta atrás”, desde el rol de “técnico bolchevique” a la búsqueda de una inserción como ideólogo en una sociedad burguesa que ni siquiera está en crisis (como lo estaba la alemana en los veinte) sino en plena expansión?; si en la comprensión de Meyer (trabajada esforzadamente en su trayectoria soviética desde dentro de las directivas del Partido) el arquitecto debe ser únicamente un analista que opera “objetivamente” con los datos que sus análisis científicos le proveen, ¿qué sucede cuando la realidad que analiza no llena los requisitos de una ideología progresista?, ¿hace primar las convicciones técnicas o las políticas?, ¿hay algún lugar de síntesis entre ambas en una práctica “burguesa” de la arquitectura?, si no, ¿hacia dónde dirigirá su trabajo Meyer: hacia la “anticipación” de una ciudad liberada (después de haber criticado con dureza durante tanto tiempo esa vana actitud) o hacia la intervención técnica en la ciudad existente (después de haber comprobado que ésta era y seguiría siendo burguesa) ¿cómo se reorganiza, por último, en terno a estas mismas cuestiones, la completa vanguardia mexicana?, ¿qué intenta “aprender” de Meyer cada sector de ella?

A la luz de preguntas como éstas, la etapa final de Meyer puede aparecer, más globalmente, como la conclusión en el mundo de la postguerra de un sector decisivo de las “vanguardias heroicas”, encarnado en uno de los personajes que más fiel permaneció a sus principios. Gran parte de los mitos que le dieron sentido al radicalismo arquitectónico de entreguerras se enfrentan, a finales de los treinta, a un mundo que parece empeñado en subvertir sus fundamentos; y esto se hará particularmente notorio en México, uno de los

⁴ Las hipótesis historiográficas más frecuentes en los pocos textos que se han ocupado de la estadía de MEYER en México se han detenido en resaltar su aislamiento, la incompreensión de la que fueron objeto sus propuestas, sin analizar exhaustivamente cuál es la relación de éstas con su trayectoria anterior o con la situación de México a su arribo. La discusión con estas hipótesis será una constante en el presente ensayo; textos, las expresiones más paradigmáticas de ellas se encuentran en dos textos, el primero de ellos de principal valor ya que reproduce una gran cantidad de artículos de Meyer, algunos de ellos inéditos: PATRICIA RIVADENEYRA, “Hannes Meyer en México (1938-1949)”, y RAFAEL LÓPEZ RANGEL, “Algunos antecedentes sobre el funcionalismo arquitectónico y el pensamiento de Hannes Meyer en México”, ambos trabajos en apuntes para la historia y la crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX: 1900-1980, Vol. 1, Cuadernos de arquitectura y conservación del patrimonio artístico N° 20-21, INBA, México, 1982.

⁵ FRANCESCO DAL CO, “Hannes Meyer y la venerable escuela de Desau”, introducción a El arquitecto en la lucha de clases, recopilación de textos de Hannes Meyer, G. Gili, Barcelona, 1972 (edic. orig.: HANNES MEYER. Architettura o Rivoluzione. Scritti 1921-1942, Marsilio, Padova, 1972) Es notorio cómo, en este texto de Dal Co, en función de verificar las “constantes” del pensamiento de Meyer, se desatiende a lo que tal vez represente su principal rasgo, el cambio.

países latinoamericanos que dejó en evidencia, con mayor crudeza, el gran error de la cultura progresista de identificar sin más Planificación y Socialismo.⁶ Pero, además, la presencia de Meyer en México permite visualizar la colisión de fragmentos muy significativos de la historia europea y la americana, redefiniendo tanto su propia trayectoria como la compleja composición de la cultura arquitectónica mexicana, en momentos en que la década del treinta la más convulsionada, de mayor compromiso y más intensa experimentación para los arquitectos mexicanos, se comprime en el cuello de botella del modernismo desarrollista de la “Escuela Mexicana de Arquitectura”, escuela que emerge victoriosa en los años cuarenta para colaborar sin reparos ni conflictos en la construcción de “un México nuevo y homogéneo”.⁷

2.

Tal vez uno de los rasgos que le de mayor interés, al estudio de una figura como la de Mayer sea esa particular ubicuidad suya que, a lo largo de más de dos décadas, lo impulsa a estar siempre allí “donde se debe”, donde sucede la Historia desde una perspectiva de compromiso militante. Por su expresa voluntad de quitar del primer plano a la disciplina para insertarse de lleno en los procesos sociales, su obra teórica, sus proyectos, sus construcciones y su actividad como polemista y propagandista, tal vez más que para señalar una trayectoria de por sí rica y compleja, sirvan para iluminar con singular intensidad momentos clave en el desarrollo de la arquitectura contemporánea, y sobre todo, al plantearse en todo instante como opciones éticas límite, para ver cómo en su torno se redefinen permanentemente los lugares ideológico-estéticos del conjunto de los protagonistas.

Esto es tan evidente para su eruptiva participación en el Bauhaus como para su trabajo en la Unión Soviética, y así lo ha entendido la mayor parte de los estudios sobre su obra, sobre la arquitectura de entreguerras en Europa, o sobre la experiencia soviética que se han escrito en los últimos veinte años.⁸ Pero también en la etapa mexicana, que aún permanece

⁶ Sobre la discusión de la relación entre Planificación y Socialismo en las vanguardias, principalmente en relación con el proceso abierto por la Revolución Rusa, cfr. MANFREDO TAFURI, “El socialismo realizado y la crisis de las vanguardias” y Rita di Lee, “De la NEP al Plan”, ambos en AAVV, *Socialismo, ciudad, Arquitectura, URSS, 1917-1937*, Comunicación, Madrid, 1973 (edic. orig.: Officina, Roma, 1971).

⁷ La frase entrecomillada es de MANUEL CHACÓN, “Instituto de Salubridad y enfermedades tropicales”, *Arquitectura y Decoración* N°8, México, julio de 1941. El edificio que comenta con esta frase es de JOSÉ VILLAGRÁN GARCÍA, 1940, y ambos, edificio y autor, como veremos, son paradigmáticos de las nuevas expresiones arquitectónicas que hegemonizarán la arquitectura mexicana desde el inicio de esta década, conocidos como Escuela Mexicana de Arquitectura.

⁸ Cfr. en particular CLAUDE SCHNAIDT, HANNES MEYER. *Buildings, project and writings* (edición bilingüe inglés—alemán), ARTHUR NIGLI, ZURICH, 1965; FRANCESCO DAL CO, *Introducción a HANNES MEYER. El arquitecto...*, op. cit.; AAVV, *Socialismo, Ciudad, Arquitectura ...*, op. cit.; MARCO DE MICHELIS Y ERNESTO PASINI, *La città novietica-1925-1937*, Marsilie, Venezia, 1976; AAVV, *URSS, la città, l'architettura, 1917-1978*, Paris, 1978

casi sin revisar, es notoria esa particular tensión que le da a Meyer el papel de caja de resonancia de problemas centrales de la arquitectura y la sociedad del momento. Es por ese papel que difícilmente pueda ponderarse (como analiza Liernur en la segunda parte de este libro) su última obra a partir de los propios resultados y que, por otra parte ninguno de sus trabajos, mexicanos puede compararse, en sentido cualitativo, con algunas de sus mejores obras; esto obliga a un análisis diverso, que se centra en el discurso ideológico pero, sobre todo, en el esfuerzo de Meyer sintetizar y aplicar en una nueva realidad toda su experiencia anterior, análisis sólo posible en una visión crítica panorámica de la cultura arquitectónica mexicana. Y es seguramente el profundo desconocimiento que sobre esta cultura tiene la historiografía, una de las razones para que se haya demorado tanto el interés por apreciar los matices, los valores y, las repercusiones de los pocos proyectos que se conocen de Meyer en los diez años de su permanencia en México. Sin embargo, no debe ser el desconocimiento de la arquitectura mexicana la única razón; en realidad, también es muy poco lo que aún se sabe de sus últimos años en la Unión Soviética y, si bien esto puede vincularse con las particulares condiciones en que se desarrolló su trabajo entonces, son fragmentos completos de la arquitectura occidental los que, al finalizar su “época heroica”, ingresan en un cono de sombra para la historiografía. Cono de sombra con pequeñas y aisladas manchas luminosas: las trayectorias individuales de algunos “maestros”, algunas arquitecturas “nacionales”, los ecos tardíos del modernismo en la periferia. Los años que van de mediados de la década del treinta a finales de, la Segunda Guerra Mundial son años de crisis, de mudanzas, en los que se hace particularmente difícil detectar rumbos o evaluar polémicas, y en los que personajes como los que integraban las brigadas alemanas en la Unión Soviética tienden a aparecer como últimos sobrevivientes de una patrulla perdida, una muestra casi anacrónica de los tiempos idos, cuando la Arquitectura parecía poder ir del brazo con la causa de la transformación del mundo. ¿Qué hicieron después de su regreso de la URSS figuras como Ernst May en Kenya, Mart Stam en Amsterdam o Hans Schmidt en Basilea?

En este sentido, la situación mexicana, hacia 1938 le brinda a Meyer la ocasión única de inyectarle nueva vida a papel, manteniendo los tonos y los contenidos de su discurso; tonos heroicos y contenidos que llaman a la epopeya de la construcción no podrían haberse pensado en casi ningún otro lugar del mundo. Y eso Meyer lo habla experimentado directamente desde su regreso a Suiza en junio de 1936; allí su actividad necesariamente debe perder voltaje dedicándose, casi con exclusividad (luego del fallido intento de una participación activa en la

Guerra Civil Española)⁹, a la organización del proyecto y la ejecución del Hogar Infantil Cooperativo en Mümeswill, en un retorno a su primitiva ligazón con el cooperativismo suizo.

México, hasta entonces, había representado para la arquitectura occidental uno más los lugares donde buscar el Sur, como la California de Neutra o el Brasil de Warchawchik.¹⁰ Pero en 1938 Meyer no va a tener interés en el trópico como tal, como el lugar de realización del mito vanguardista del buen salvaje al sol, sino como el lugar de la Revolución. Mayer encuentra en México (como posiblemente lo había encontrado antes Eisenstein) una especie de Unión Soviética virgen, que aún conserva el encanto y el fervor de los años veinte, la sensación de lugar para un arquitecto revolucionario.

Gropius en los Estados Unidos y Le Corbusier dando la vuelta al mundo en pos de comitentes buscaban, cada uno a su manera, Arquitectura: Meyer en México. Revolución: la famosa opción parece mantener vigencia, y Meyer revitaliza su discurso en el país en el que aún el verbo Construir se puede conjugar en tiempo futuro, como necesidad revolucionaria, brindándole la única oportunidad a la Arquitectura de ser proclamando su desaparición. Nuevamente parece tener sentido recuperar la figura del que propagandizaban en Europa lo que se realizaba en la Unión Soviética “en primera persona del plural”;¹¹ y ya que eran los Estados Unidos los que albergaban la Arquitectura Moderna a la que él le había “declarado la guerra”,¹² bien podía ser México el lugar marginal donde quedarse fuera; bien podía jugar para Meyer, el México de 1938, el pape que jugaron los estudiantes comunistas alemanes al organizarle en 1931, el escenario alternativo desde donde disparar sus dardos contra los arquitectos de las reuniones berlinesas del CIAM.¹³

3.

Efectivamente, el México de 1938 debe haberle parecido a Meyer un país “diseñado” por estudiantes comunistas. Y esto no se debió solamente a que, con una dirección comunista “más cardenista que Cárdenas”,¹⁴ todo lo que el Presidente hiciera fuese festejado por el

⁹ Citado en PATRICIA RIVADENEYRA, op. cit. La mayor parte de los datos personales de Meyer que aparecen en ese artículo parecen provenir de una serie de charlas que mantuvo la autora con Lena Meyer, ya que no se citan otras fuentes primarias.

¹⁰ Hay muy pocos trabajos sobre los “viajeros” al Sur; una de las reflexiones más sugestivas sobre el tema en PANCHO LIERNUR, “Wladimiro Acosta y el expresionismo alemán”, Catálogo Exposición Wladimiro Acosta, FADU—UBA, Buenos Aires, 1988.

¹¹ Señalado por MARCO DE MICHELIS, “Cittá funzionale e cittá sovietica. L'impossibile incontro”, AAVV, URSS, La' cittá, l'architettura..., op. cit. Allí de Michelis cita frases de Meyer de sus giras europeas y resalta el hecho de la identificación de éste con el proceso soviético.

¹² Cfr. HANNES MEYER, “Mi manera de trabajar”, publicado en El arquitecto..., op. cit. Publicación original: “Wie ich arbeite”, Architektur SSSR N° 6, Moscú, 1933.

¹³ MARCO DE MICHELIS cita la anécdota de la reunión paralela que le organizan a Meyer en Berlín como alternativa radical a la reunión del CAM; cfr. “Citté funzionare...”, op. cit.

¹⁴ La frase es una frase popular recordada por un dirigente comunista, JOSÉ REVUELTAS, y citada en ARTURO

Partido (mutatis mutandis) como “política comunista”; motivos menos coyunturales habían llevado a sectores de la cultura arquitectónica a elaborar posiciones que sintonizaban a la perfección con lo que Meyer había asumido de su experiencia soviética, pero en una situación que le garantizaba vigencia, y nueva proyección, a una serie de polémicas que seguían interesándole y ya no podían llevarse adelante en Europa.

Esto queda planteado con suma claridad en párrafos completos de las dos conferencias que brinda en su primer viaje a México: “bajo la máscara de un pretendido “modernismo” dice”, El EDIFICIO ESCOLAR situado en lo más profundo de la selva es ejecutado en concreto, cuando seguramente la madera y el adobe como materiales locales hubieran permitido una solución arquitectónica más económica y más natural

“EL GRITO QUE PIDE UNA “ARQUITECTURA INTERNACIONAL” en la época da las autarquías nacionales, del despertar de los pueblos coloniales, de la reconcentración de Latinoamérica contra el Capital extranjero imperialista y reaccionario, del proceso de edificación socialista en la Unión Soviética, en la época de la expropiación de ferrocarriles, latifundios y pozos petroleros en beneficio del pueblo laborante de México. Este llamado es expresión de un sueño snobista de aquellos estetas de la construcción que deliran con un mundo arquitectónico uniforme de vidrio, concreto y acero (en provecho de los trusts del vidrio, del concreto y del acero), desligado de toda realidad social.

“Vean, en cambio como ejemplo en contra, la situación arquitectónica que prevalece en la Unión Soviética, donde en la actualidad más de 80 culturas nacionales de los diferentes pueblos liberados del zarismo no sólo desarrollan su literatura y artes propios, sino que igualmente se encuentran en proceso de formación más de 80 arquitecturas de configuración nacional, y eso siendo uniforme el contenido social, que lo es el socialista”¹⁵.

Como en casi todas sus intervenciones, Meyer dispara a granel, con proyectiles que enlazan polémicas diversas e interesan un blanco múltiple; pero tanto el ataque a la “arquitectura internacional” como la consiguiente exaltación de un proyectar “regionalista” tienen connotaciones precisas en México, más allá de sumar propaganda soviética o argumentos contra sus ex colegas de la Bauhaus. En efecto, la identificación de los intereses de los trusts con los “sueños snobistas” de los “estetas de la construcción” no es sólo el broche que le permite cerrar la condena de figuras como Gropius o Mies y de la versión de la

ANGUANO, El Estado y la política obrera del cardenismo, ERA, México, 1975. Una visión mas ortodoxa del rol del comunismo durante el cardenillo y los años posteriores en Anatoli Shulgovski, México en la encrucijada de su historia, Ediciones de cultura popular, México, 1968 (edit. brig.: Moscú, 1967).

¹⁵ HANNES MEYER, “La formación del arquitecto”, conferencia dictada en la Escuela Nacional de Arquitectura de la Academia de San Carlos el 29 de septiembre de 1938; publicada en Arquitectura y Decoración N° 12, México, octubre 1938.

experiencia vanguardista que se venía divulgando como International Architecture al compás de la progresiva norte americanización del mundo prebélico; en México, esto puede tomarse, a su vez, como la condena de la corriente vanguardista local que había logrado incidir en gran medida con sus propuestas en la estructura estatal durante los primeros años de la década del treinta “la arquitectura tendrá que hacerse internacional por la simple razón de que el hombre cada día se universaliza más”, decía Juan O’Gorman en 1933 enfrentado, junto a un puñado de arquitectos radicales, al conjunto del campo arquitectónico mexicano; “el concreto armado y el acero estructural ¿no son acaso sistemas de construcción internacional?”, concluía con argumentos que Parecen servir directamente de base a la crítica de Meyer y, paradójicamente, estaban alimentados en gran medida de posiciones como las que él mismo había sustentado antes de su paso por la Unión Soviética.¹⁶

Así que, indirectamente la reivindicación de las tradiciones nacionales con el mismo tipo de lenguaje con que las vanguardias habían enseñado a abominarlas, se convierte, también, en una autocondena a aquel Meyer remoto de 1926 que proclamaba el “declive de la patria” en el Nuevo Mundo al que se debía dar respuesta: “Aprendemos el esperanto. Nos volvemos cosmopolitas (se alegraba Meyer entonces) (...) Nuestra misión es la de dar a nuestro nuevo mundo una nueva forma con medios modernos.”¹⁷ Autocrítica, en realidad, no demasiado indirecta, en tanto toda la trayectoria de Meyer podría, entenderse como un volver sobre lo realizado para anatematizarlo: sólo ese; permanente estado de alerta parecía permitirle “la superación de los conscientes residuos de clase de extracción burguesa”, típicos del “idealista pequeño burgués” que censuraba en si mismo.¹⁸ Una vez más, aquí Meyer revisa su vanguardismo desde su experiencia soviética en lejanas ciudades orientales, pero sobre todo desde el puntilloso seguimiento (que marcarla por completo a esa experiencia) de las posiciones oficiales con que la dirección política interpretaba el proceso de construcción del socialismo en un solo país.¹⁹

Y esto es lo que separa al regionalismo de Meyer de aquel otro que iniciara Le Corbusier el proyecto de la casa Errázuriz en 1930 (tan influyente en la arquitectura latinoamericana), o de las nuevas arquitecturas nacionales (Finlandia, Brasil) que cobrarían notoriedad a partir de la Feria Mundial de Nueva York de 1939 marcando las discusiones de

¹⁶ JUAN O’GORMAN, “Conferencia en la Sociedad de Arquitectos Mexicanos”, México, 1933, reproducida en Ida Rodríguez Prampolini, JUAN O’GORMAN, arquitecto y pintor, UNAN México, 1982.

¹⁷ HANNES MEYER, “El nuevo mundo”, publicado en El arquitecto..., op. cit. Publicación original: “Die Nee Welt”, Das Werk N°7, Zurich, 1926.

¹⁸ Cfr. HANNES MEYER, “Directrices para el contenido (reportaje)”, texto manuscrito del archivo Meyer, reproducido en El arquitecto..., op. cit.

¹⁹ Cfr. MARCO DE MICHELIS Y ERNESTO PASINI, La città socialista..., op.cit.

las dos décadas siguientes; el regionalismo aparece en Meyer como posición política antes que lingüística, como conclusión “racional” y “objetiva” lograda desde el trabajo en el Estado, desde el conocimiento comprometido de la realidad. Es en este punto donde su propuesta regionalista adquiere originalidad en el marco de los genéricos aires de “vuelta a las raíces” que acompañaban los procesos de transformación que se abren con la crisis del 29 y hacen eclosión ante la Segunda Guerra. Originalidad que lo convierte en interlocutor privilegiado en México, donde diversas versiones de ese debate se venían prefigurando desde el inicio de la década: había sido una aproximación muy similar al regionalismo lo que le había permitido a un sector del vanguardismo mexicano hacer propio el desafío agrarista del cardenismo, rompiendo para ello con ciertas premisas modernistas pero sin caer en el folklorismo hollywoodense de “Allá en el Rancho Grande”, con el que gran parte de la cultura mexicana de los treinta quedó reducida a mero souvenir turístico.

4.

Esta ruptura regionalista con el modernismo es un punto que ha sido poco revisado en la propia historiografía de la arquitectura mexicana, y sin el cual la inserción de Meyer pierde gran parte de su sentido. Ruptura con el “funcionalismo radical” de un grupo de la vanguardia mexicana, el que bajo las banderas de la Técnica y la Razón había intervenido decididamente en el proceso de reconstrucción institucional del México posrevolucionario, en el que la arquitectura había sido llamada a jugar un papel primordial.

Es en la construcción de un nuevo tipo de Estado donde debemos ubicar ese primer modernismo arquitectónico, construcción que en México comienza a afirmarse (a diferencia de otros países latinoamericanos como Brasil o la Argentina) ya antes de que la crisis del 29 hiciera del dirigismo intervencionista la única salida para las economías de la región, rompiendo todo un ciclo de “orden liberal”; desde 1924, con la presidencia de Plutarco Elías Calles, ese modelo de Estado (con su agenda de temas: planificación, industrialización, urbanización, tecnificación) se convierte en la alternativa al “Caos revolucionario” que desde 1910 mantenía a todo el país en un estado de guerra e inestabilidad permanente.

La camada de jóvenes intelectuales que se conocería como “Generación de 1915” es la que se autoasignó la tarea de construir ese “México Nuevo”.²⁰ Si la generación anterior, la de

²⁰ Sobre la “Generación de 1915” es mucho lo que se ha publicado y comentado; las hipótesis más sugerentes pueden encontrarse entre otros trabajos en CARLOS MONSIVÁIS, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, AAVV, Historia General de México, vol. 4, El Colegio de México, México, 1976; ENRIQUE KRAUZE, Caudillos culturales de la revolución mexicana; SEP, México, 1985; LUIS GONZALEZ, Los artífices del cardenismo, vol 14 de “Historia de la Revolución Mexicana”, El Colegio de México, 1979.

Vasconcelos y los “ateneístas”, levantó la mítica bandera de “transformar educando” (a la que el muralismo de Rivera, Orozco y Siqueiros hizo de mástil),²¹ esta nueva generación buscará modernizar un mundo social y cultural cuyo principal mal se percibe en su atávica heterogeneidad; buscará integrarlo (anulando sus diferencias) a un México que ella misma está diseñando: su propaganda tiene que ver con demostrar que tal integración es un salto imprescindible hacia adelante, cuyos riesgos están Planificados cuidadosamente y cuyo éxito reside en la técnica con que se lo efectúe. Aquí la Arquitectura aparece como la materialización por excelencia de esa doble garantía; como el símbolo de que la etapa de la destrucción revolucionaria había terminado y de que el Estado podía tomar a su cargo la construcción ex-novo de una sociedad distinta.

Cuando Guillermo Zárraga (arquitecto de oficinas estatales, docente, diputado y amigo personal de Calles) le encarga en 1925 a José Villagrán García la terminación del Instituto de Higiene de Popotla, lleva a cabo la primer acción relevante orientada a incorporar el modernismo arquitectónico como expresión estatal, desencadenando una serie de vínculos entre la gestión pública y los nuevos arquitectos que colocarán en un primer plano a tres jóvenes radicales: Juan O’Gorman, quien colaborará con Villagrán en Popotla y establecerá luego una relación paradigmática como Director de Construcciones Escolares con Narciso Bassols (un miembro relevante de la Generación de 1915) durante la gestión de este ultimo como Secretario de Educación Pública (1931-34) llevando adelante un plan de escuelas que sorprendió por su radicalidad y su eficacia; Juan Legarreta, a quien Zárraga lleva a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas impresionado por la vivienda experimental que realiza como tesis en 1930, Secretaría desde donde realizará una serie de notables iniciativas en el área de vivienda urbana interrumpidas trágicamente por su prematura muerte; y Alvaro Aburto, dedicado desde 1928 al estudio de la vivienda rural e integrante, junto a sus dos compañeros, del Consejo de Arquitectura del Distrito Federal, Consejo que acabaría por enervar al campo arquitectónico ya muy sensibilizado contra todo este despliegue de modernismo vanguardista oficial.²²

²¹ JOSÉ VASCONCELOS fue el paradigma de la revolución cultural en los primeros años veinte; fundó la Secretaría de Educación Pública y realizó una vasta actividad educativa, de la que los murales fueron una pieza clave. Es extensísima la bibliografía sobre estos temas; para una semblanza de Vasconcelos, cfr. José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, FCE, México, 1977; entre todo lo que se ha escrito sobre el muralismo resalta por la profundidad de las hipótesis CARLOS MONSIVÁIS, op. cit. y OCTAVIO PAZ, “La pintura mural”, recopilación de artículos sobre el tema en *Los privilegios de la vista*, en “México en la obra de Octavio Paz”, vol 8, FCE, 1987.

²² Sobre la arquitectura mexicana puede verse ISRAEL KATZMAN, *La arquitectura moderna en México*, donde se encuentra la visión canónica del Movimiento Moderno en los años sesenta. Visiones mas puntuales en CARLOS GONZALEZ LOBO, “Arquitectos en México durante la cuarta década: el Maximato, el cardenismo”, en *Apuntes para la historia crítica de la arquitectura mexicana en el siglo XX: 1900-1980*, vol 2 y en “Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico N° 22-23”, SEP, INBA, México, 1982; RAMÓN VARGAS

Y es que la ruptura que este grupo produce no apunta sólo contra la arquitectura o, arquitectura Neocolonial, con la a que hasta entonces se habla emblemático el Estado como intentando indicar que la Revolución no había sido más que una vuelta al origen; su principal contendiente será el profesionalismo liberal de la gran mayoría de un campo arquitectónico que (más allá de sus alineamientos estéticos) había logrado atravesar las convulsivas etapas de la Revolución sin modificar sustancialmente su relación con la sociedad.²³ Este grupo de jóvenes, identificándose con la utopía constructiva del Estado callista, se hizo capaz de interpelar, desde este nuevo lugar, al conjunto de la sociedad, obligando a una recolocación general y demostrando que el modernismo, como ideología, podía ser capaz en México de anticipar y construir la imagen y los modos de la modernización a niveles imposibles de alcanzar en los propio lugares de origen del vanguardismo arquitectónico.

De este modo, el modernismo se constituye en la prenda de una alianza entre la Arquitectura y el Estado; alianza que parecerá potenciarse en la medida en que cada una cumpla sus premisas. La Arquitectura, travistiéndose en una pura técnica que “hable” de higiene y racionalidad; cediéndole el centro de las preocupaciones disciplinares al programa y la gestión; colocando la simplicidad de la ejecución como argumento preliminar de la necesaria repetición y del aporte a la economía en construcción; desplazando al Arte, en suma (que O’Gorman despreciaba como “necesidades espirituales”), para abrirse a la Vida. El Estado, montando una educación técnica alternativa a la formación liberal-humanista de la Universidad Autónoma, que hará de plataforma de lanzamiento de un nuevo modelo de inserción social de los profesionales; creando la red caminera, sanitaria y productiva con que buscará llevar la modernización urbana al interior; construyendo los mecanismos económicos y financieros que le permitirán diseñar una burguesía nativa moderna que, en tanto clase, sólo aparece por ahora como proyecto estatal.²⁴

Esto va a mostrarse en los primeros complejos hospitalarios de Villagrán García con ese acento puesto en la planificación social a nivel macro, en la que los volúmenes puristas no son más que metáforas de una racionalización general igualadora; en las escuelas de O’Gorman, con la parquedad extrema de una técnica que renuncia a toda expresión para realizar la ideología de una institución que se quería vanguardia principal de la vida moderna; en los

SALGUERO, “Las reivindicaciones históricas en el funcionalismo socialista”, idem, Vol. I, Nº 20-21; Ida Rodríguez Prampolini, JUAN O’GORMAN..., op. cit. De todos ellos se han tomado innumerables datos para este ensayo más allá de que las hipótesis generales difieren considerablemente.

²³ Cfr. CARLOS GONZÁLEZ LOBO, “Arquitectos en México...”, op. cit.

²⁴ Cfr. LORENZO MEYER, “El primer tramo del camino”, AAVV Historia General de México, Vol. 4, op. cit. Una perspectiva económica en ENRIQUE CÁRDENAS, “La Gran depresión y la industrialización. El caso de México” y E.V.K. Fitzgerald, “La reestructuración a través de la depresión el Estado y la acumulación de capital en México, 1925-1940”, ambos en Rosemary Thorp (comp.) América Latina en los años treinta, FCE, México, 1988.

conjuntos habitacionales de Legarreta, con el cuidadosísimo trabajo tipológico, que maneja con libertad y creatividad los aportes del debate europeo en función de adecuar la vivienda urbana a la tarea posrevolucionaria por excelencia: modelar la nueva familia mexicana.

Para 1933, la profusa actividad de esta vanguardia extremará la polarización del campo disciplinar, con el que se terminará batiendo en un duelo desigual: “Un pueblo que vive en jacales y cuartos redondos no puede HABLAR arquitectura. Haremos las casas del pueblo. Estetas y retóricos: ¡ojalá mueran todos!; Harán después sus discusiones!” fue el grito de guerra de Legarreta en las famosas “Pláticas” que la Sociedad de Arquitectos Mexicanos (SAM) organizó entonces.²⁵ Pero 1933 es también el año en que Cárdenas lanza el primer Plan Sexenal como parte de su campaña a la presidencia, comenzando a delinear la distancia entre las preocupaciones del Maximato y las del Cardenismo;²⁶ distancia que, ya desde entonces, estaba produciendo una divisoria de aguas nueva dentro del propio grupo de arquitectos que defendían la inserción en el Estado.

Así, son posiciones como las de Álvaro Aburto, quebrando al trío, y de Mauricio Campos las que ya en esas mismas “Pláticas” plantean modalidades diversas de acción para responder desde el Estado a los requerimientos sociales: “El arquitecto no es un simple técnico (plantea Aburto en su intervención),²⁷ estudia la vida de los hombres en sus comunidades (...) y aprovecha esas enseñanzas para darles una mejor habitación (...), estudia cómo vive el pueblo, cómo se defiende de los elementos naturales, (temas) que requieren del arquitecto una penetración sensible, para captar lo más profundamente las costumbres”. Y Campos ofrece un Plan de Acción en el que junto a la propuesta de “hacer valer nuestro trabajo en las Secretarías de Estado; Organizaciones Obreras; Municipios y Estados; saliendo a trabajar en el campo y ciudades de provincia”, indica la necesidad de realizar un “estudio completo de las costumbres, climas y procedimientos constructivos en todo el país para

²⁵ Las “Pláticas” se constituyen en una manifestación de los nuevos alineamientos producidos en el campo arquitectónico desde finales de los años veinte. Varios textos se han ocupado de ellas, reproduciendo diversos párrafos de algunas de las conferencias, y dando visiones confrontadas de sus significados; principalmente véase ISRAEL KATZMAN, op. cit. para una perspectiva antifuncionalista y antiradical; CARLOS GONZÁLEZ LOBO, op. cit., cuyo texto ofrece la mayor cantidad de citas de conferencias; VARGAS SALGUERO, op. cit., e Ida Rodríguez Prampolini, op. cit. quien hace una defensa a ultranza de las posiciones de JUAN O’GORMAN.

²⁶ Maximato se denomina en México al periodo posterior a la presidencia de Calles, entre 1928 y 1934, cuando los diversos presidentes siguen respondiendo a éste último, a quien se le llama el “Jefe Máximo”. Cárdenas asume como parte del Maximato, pero en 1935 rompe con Calles e inaugura el “Cardenismo”.

²⁷ Cit. en CARLOS GONZÁLEZ LOBO, op. cit., aunque este autor no señala la ruptura que esta posición de Aburto conlleva con el modernismo funcionalista del “trío radical”, manteniendo este grupo en bloque contra el relato de los arquitectos. La comprensión de la particular inserción de MEYER en la situación mexicana, en nuestro caso pasa en gran medida por la percepción de esta “ruptura regionalista” con el modernismo, la que ya se hace evidente en las mismas “Pláticas”.

resolver los problemas sociales de primera necesidad”.²⁸

Esta versión de “Regionalismo pobre” enfrentándose al “Internacionalismo técnico” indica el inicio de un cambio que se profundizará a partir de 1935, mostrando que el llamado de Zárrega a “ver la realidad” que tanto impresionó al O’Gorman estudiante recién va a ser oído en la segunda mitad de los treinta.²⁹ O, mejor, que la política agrarista de Cárdenas desbordó lo que para la sociedad urbana del Maximato parecía ser la realidad.

Entre el 35 y el 38 estas posiciones regionalistas van a recibir el impulso estatal al compás de una reforma agraria sin precedentes: si el muralismo promovido por Vasconcelos había construido las imágenes de un campesino y un indio “puros”, que justificaran, tanta destrucción, la cultura cardenista debía conocerlos en su “realidad”, para que la Integración no se limitara, como con Calles, a la expansión indiscriminada de un programa urbano. El resto, en un plano menos ideológico, no iba a ser muy diverso entre ambos proyectos políticos: los enormes efectos sociales de la Reforma agraria van a demostrar cabalmente que el final de la agitación en el campo (más que una efectiva transformación de su estructura productiva) era tan importante para la consolidación capitalista como la industrialización.³⁰

Como parte de esos cambios es que en la cultura arquitectónica se va a intentar el pasaje de una técnica como lenguaje de la igualación a una técnica diversa, capaz de expresar la diferencia; el pasaje de la confianza en una armonía derivada de la Civilización a la confianza en una armonía derivada de la Cultura, reproduciendo en el interior del Estado la oposición central de las polémicas de las “Pláticas”. En éstas, O’Gorman había afirmado que la arquitectura del pueblo, el jacal mexicano, era de una forma siempre igual “debido a que se ha utilizado una forma siempre igual para resolver necesidades semejantes”, y que eso permitía abstraerse de sus “imperfecciones” para pensarla como antecedente inspirador de una arquitectura racional que sirviera para resolver científicamente la cuestión de la habitación popular; ya que, se preguntaba retóricamente O’Gorman, “...porque (las casas del pueblo) son mal hechas y disparejas, chuecas e imperfectas, ¿vamos a admitir que su encanto está en esto?”³¹ Pero es justamente ese “encanto” lo que intentarán recuperar las nuevas propuestas de vivienda obrera y campesina; y si O’Gorman se expresaba como podría haberlo hecho el

²⁸ Ídem

²⁹ Ida GONZÁLEZ PRAMPOLINI, op. cit., menciona la anécdota sobre la impresión en O’Gorman de aquella consigna de Zárrega.

³⁰ Cfr. TULLIO HALPERÍN DONGHI, op. cit., y LORENZO MEYER, op. cit., quienes contestan simultáneamente a las versiones oficiales tradicionales (que dieron una visión desproporcionada de los logros de la Reforma Agraria) y a las versiones revisionistas las que apoyándose en los magros cambios económicos en el campo pretendieron desconocer los efectos políticos de la Reforma y la incidencia de éstos en una visión más global del proceso económico.

³¹ JUAN O’GORMAN, “Conferencia...”, op. cit.

Meyer “alemán”, Aburto y Campos parecen, en cambio, tomar el ejemplo del Meyer “soviético”, haciéndose cargo de la certeza que nuevamente se generaliza: la función social de la arquitectura no puede estar completa si la vivienda del campesino no es además “bella”, en los términos de su propia y auténtica cultura.³²

La experiencia de Aburto en Jiquilpan (1936) (el pueblo natal de Cárdenas, en el que éste emprende una serie de reformas) muestra que no se trata sólo de “regionalismo pobre”: dedicarse a ver y “reproducir” la realidad no hizo más que devolver como en espejo las “necesidades espirituales” que el primer funcionalismo quiso aventar para siempre como emblema de lo que la arquitectura no podía seguir siendo.

En Jiquilpan se trataba de llevar agua y construir unas viviendas donde el trazado de una carretera dejaba su huella; pero esta vez los signos de la modernización no debían potenciarse lingüísticamente con formas modernistas como había sido norma en el Maximato, sino equilibrarse con los signos culturales de la comunidad local aún a riesgo del kitsch: la síntesis tenía que ser posible. El agua, que permitía desde un régimen sanitario adecuado hasta modos de productividad agrícola desconocidos, y las carreteras, que acercaban un poblado a las novedades capitalinas (y al campesino a convertirse en bracero en los Estados Unidos), modificaban ahora radicalmente su valor.³³ En las viviendas obreras que Del Moral y Gutiérrez Camarena realizan en Irapueto (1936) encontramos un caso similar; pero reforzado, porque se trata de experimentar sobre imprimiendo una “imagen” diversa y a una tipología muy similar a la empleada por Legarreta en la colonia Balbuena.³⁴ La modernización no implicaba sólo que la ciudad invadiera el campo, sino también que el campo llevara lo suyo a la ciudad; círculo que en la década siguiente, aunque con contenidos ideológicos diversos, va a emblematizar la arquitectura de Barragán.³⁵

³² Sobre estas posiciones en la URSS ver Francesco Dal Co, “Arquitectos y ciudades, URSS 1917-34”, y un testimonio valiosísimo en Hans Schmidt, “Las relaciones entre la arquitectura soviética y la de los países occidentales entre 1918 y 1932”, ambos trabajos en AAVV, *Socialismo...*, op. cit.. También en PAOLO CECCARELLI, *La construcción de la ciudad soviética*, Gili, Barcelona, 1972. En general son posiciones que revisan el vanguardismo y tienden a explicar la voluntad soviética desde 1931-32 en su ruptura con los movimientos europeos.

³³ Ver RAMÓN RUIZ, *México, 1920-1958. El reto de la pobreza y el analfabetismo*, México, 1977. Desde una perspectiva de análisis de las políticas educativas, las Misiones Culturales, la llegada del agua a los poblados del interior, la construcción de carreteras y los efectos de la emigración “golondrina” de los braceros en este texto se vinculan plausiblemente en un diagnóstico de la modernización compulsiva del México de los años treinta.

³⁴ Esta similitud ha sido señalada por Carlos González Lobo, op. cit. El caso de Del Moral no ha sido aún analizado, a nuestro juicio, bajo una perspectiva que valore su lugar en este particular regionalismo que luego se hará emblemático de México.

³⁵ Cfr. ADRIÁN GORELIK Y PANCHO LIERNUR, “Los bordes del jardín. Una aproximación rioplatense a la obra de Luis Barragán”, Buenos Aires, 1990 (mimeo), en donde se presenta a Barragán como momento supremo de la transculturación arquitectónica en América Latina.

5.

Y si va a ser con estas búsquedas con las Que Meyer sintonice a su llegada a México, su discurso no va a estar alejado de lo que podría interpretarse como la traducción arquitectónica de la polémica más general entre el trotskismo y el stalinismo, en momentos en que Trotsky, asilado en México desde principios de 1936, recibía la solidaridad y el apoyo de grupos de artistas radicales, O’Gorman entre ellos.³⁶ Quizás radique allí la explicación sobre el empleo por Meyer de los “edificios escolares realizados en concreto” como ejemplo de lo denostable en una arquitectura que, bajo la consigna de un genérico internacionalismo revolucionario, queda sometida a los intereses más abyectos del imperialismo. En momentos en que la inminencia de la Segunda Guerra hace de Roosevelt un aliado y de Trotsky el peor enemigo de la causa comunista, Meyer parece elegir (en lo que hace a su inserción en el debate mexicano) idénticos alineamientos, definiendo un campo de relaciones tan amplio y vago como podía serlo, en el plano político, el definido por el Partido Comunista Mexicano (PCM) con el oficial Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en los inicios de la política de “unidad nacional”: lo que queda afuera es el “vanguardismo”.³⁷

En definitiva, aquella sintonía ideológico-estilística es uno de los elementos decisivos para que, desde la corta estadía del primer viaje, tanto la trayectoria como el discurso de Meyer aparezcan validados desde los más distantes ámbitos de la disciplina, incluyendo al propio epicentro de la vida académica mexicana: la Academia Real de San Carlos, donde ofrece sus dos conferencias.³⁸ Y es que muy poco antes de su llegada, el mundo institucional

³⁶ Esta polémica no ha sido abordada específicamente en la historiografía arquitectónica aunque aparecen esporádicas referencias en los textos ya citados, sobre todo en el de PATRICIA RIVADENEYRA quien culpa a la influencia del trotskista O’GORMAN por el rechazo de Meyer en la experiencia de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA) (tema que se desarrolla más adelante). O’Gorman se vincula a Trotsky a través de Diego Rivera, quien junto a Frida Kahlo lo recibió y alojó en México aunque al tiempo los dos últimos rompieron escandalosamente con el trotskismo; cfr. DIEGO RIVERA, *Arte y política*, Grijalbo, México, 1979. Octavio Paz, en *Los privilegios de la vista*, op. cit. realiza una severa crítica de la relación y el abandono oportunista de Rivera y Kahlo a su anterior protegido.

³⁷ A partir del VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935, cuando se toma la consigna del “frente popular”, el PCM inicia un acercamiento a Cárdenas que terminará en una sujeción unilateral a las políticas del PRM por mucho tiempo, durante todo el gobierno de AVILA CAMACHO (1940-46) y parte del de Alemán, apoyando incluso ambas candidaturas contra la de otros sectores más progresistas del partido oficial una vez que éste las había definido; Cfr. LUIS JAVIER GARRIDO, *El PRI, la formación del nuevo estado en México, 1928-1945*, FCE, México, 1980. Allí se analiza entre otras cosas el rol de un dirigente comunista como Encinas, que incluso llegó a participar como candidato en elecciones internas del PRM, aunque luego fueran desconocidas oficialmente por la fuerte desconfianza que el partido, oficial tuvo frente al comunismo a pesar de todos sus esfuerzos. Distintos aspectos de esta conflictiva relación en Ariel José Contreras, *México 1940. Industrialización y crisis política, Siglo XXI*, México, 1977, y en las tesis opuestas de Anguiano y Shulgovsky ya citadas. La relación entre la política mexicana del PC y la situación internacional, en ese proceso que se ha dado en llamar “browderismo” entre 1938 y 1945, aparece en Manuel Caballero, *La internacional comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, 1987.

³⁸ Es curioso como en el texto de Rafael López Rangel citado aparecen los discursos del primer viaje de Meyer como opuestos a toda idea oficial de la arquitectura en México, sin hacerse cargo del ámbito donde tales

había sufrido una serie de cambios que colocaron en un lugar privilegiado a los grupos más interesados en sostener una relación con él, justificando el que se le brinde una recepción oficial difícilmente imaginable unos meses atrás. Por una parte, se había resuelto, en una tregua indudablemente favorable al Gobierno, el largo conflicto que con éste mantenía la Universidad; se constituía por primera vez desde la época de las primeras discusiones sobre la “educación socialista” y la “Autonomía”, más de una década atrás, un establishment universitario oficialista, con Gustavo Baz como rector (un médico que desempeñará un papel central en la planificación sanitaria de los años cuarenta como Secretario de Salubridad de Avila Camacho³⁹ y Mauricio Campos como Director de la Escuela Nacional de Arquitectura (ENA). Campos había sido colocado como interventor por el gubernamental “Comité depurativo de la Universidad”, desplazando a la dirección tradicionalista del arquitecto Mariscal, utilizando como motivo un conflicto por reformas a la enseñanza iniciado contra éste por grupos de estudiantes y docentes radicales; la elección del interventor como decano definitivo por el Consejo Universitario, en julio de 1938, se constituyó en una victoria conjunta de esos grupos y el gobierno, dándole a los primeros una centralidad institucional, y al segundo un respaldo decidido para su política.⁴⁰

Por otra parte, el mismo Mauricio Campos había venido dirigiendo en los últimos tiempos la SAM, en un significativo vuelco de la matrícula que también procura una colocación más propicia con respecto al gobierno; y la figura de Campos, como continuador de las Misiones Culturales vasconcelianas, tan del gusto carlenista, aparece como una de las más adecuadas para lograrlo.⁴¹ Esto es lo que explica que las dos instituciones que hasta entonces habían representado una oposición tenaz a todo lo que Meyer pudiera significar, auspicien oficialmente sus dos conferencias, publicándolas luego, junto a un extenso material sobre su trayectoria íntegra (se trató de todo un número dedicado a él), en la revista de la

discursos son enunciados ni del respaldo oficial que en ese momento tenían; sin analizar, en suma, los cambios institucionales que se venían produciendo.

³⁹ Médico que incluso llegará a ser uno de los candidatos oficialistas para la presidencia en el proceso de selección interna del partido oficial que culmina con la candidatura de Alemán: cfr. LUIS MEDINA, “Civilismo y modernización del autoritarismo”, en *Historia de la Revolución Mexicana* N° 20, el Colegio de México, México, 1979.

⁴⁰ Sobre las revueltas en la Universidad, cfr. VICTORIA LERNES, “La educación socialista”, *Historia de la Revolución Mexicana* N° 17, el Colegio de México, 1978. La mayor parte de los autores citados en textos de historia de la arquitectura señalan el rol protagónico en las revueltas de la ENA de ENRIQUE YÁÑEZ, un joven arquitecto que desempeñará junto a Meyer un destacado papel. En *Arquitectura y Decoración*, Vol. II, N° 8, junio de 1938, la revista oficial de la SAM, se informa sobre los cambios institucionales por los cuales Mauricio Campos es presidente de la Sociedad y director interino de la Escuela; en el número siguiente se informa que Campos fue elegido director definitivo junto a la publicación del programa del XVI Congreso Internacional de la Planificación al que asistirá Meyer en su primer viaje, y en el marco del cual dicta sus conferencias.

⁴¹ La relación de Campos con las Misiones Culturales ha sido señalada acertadamente en CARLOS GONZÁLEZ LOBO, op. cit.

SAM, Arquitectura y Decoración, en la que aparece desde su llegada como colaborador permanente.⁴²

Si con Calles y el Maximato, el radicalismo oficialista nunca pudo hacer pie en las instituciones gremiales y universitarias, fracasando el proyecto de Diego Rivera de convertir a la Escuela de Arte en un taller bauhausiano en 1930, y debiendo el gobierno crear centros alternativos de formación, como la Escuela Superior de Construcción impulsada por Bassols en 1932 para llevar adelante las propuestas de educación técnica de la Secretaría de Educación Pública;⁴³ con Cárdenas, en cambio, en quien no deja a su vez de sostener e impulsar estas alternativas, el oficialismo logra hegemonizar todos los niveles.

Es esta la precisa coyuntura político-institucional en la que Meyer hace su aparición; y es su propio prestigio entre los grupos radicales, más el indudable prestigio del que gozaba entonces la planificación soviética entre los sectores gubernamentales, lo que coadyuvó para que Enrique Yáñez y José Luis Cuevas lo incorporaran como pieza fundamental en el proyecto de formación de una Escuela de Planificación Urbana que contó con el apoyo de la Secretaría de Educación.⁴⁴ Desde esta perspectiva Urbana va se debe analizar sus dos conferencias, desde la perspectiva del Meyer planificador. Es en la articulación de Regionalismo y Plan, clave de su experiencia soviética, desde donde su discurso parece ser capaz amplios campo arquitectónico mexicano, en un momento en que éste comenzaba a destinar al problema de la planificación sus principales energías, en el severo intento de grupos de técnicos (pocas veces asimilables a posiciones de izquierda) por integrar efectivamente a la arquitectura en la tarea más sistemática ya emprendida por médicos y economistas.⁴⁵

En este sentido es importante considerar el XVI Congreso Internacional de la Planificación y la Habitación, que se reúne en México en agosto de 1938 (motivo original de la visita de Meyer), en la medida que ofrece el panorama del desarrollo de la disciplina en el preciso momento en que se le encarga a Meyer la tarea de organizarla como carrera específica.

⁴² No debe ser ajeno a la vinculación de Meyer con la revista la relación que mantiene en México con su editor, CAÑEDO GERARD, y que LIERNUR señala en la segunda parte de de este libro.

⁴³ Como bien señala López Rangel, op. cit., una de las vías de la implantación del funcionalismo en México se da por la enseñanza de la "arquitectura técnica" impulsada desde la SEP como alternativa a la Universidad: en 1922 se crea la Escuela Nacional de Maestros Constructores que se convierte en 1927 en Escuela Técnica de Constructores; en 1932 Bassols crea la ESC. y en 1937 se forma el Instituto Politécnico Nacional, donde la carrera de Ingeniero Constructor de la ESC se convierte en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura, donde se radicará el Instituto de Planificación urbana de Meyer durante su breve existencia.

⁴⁴ Cfr. PATRICIA RIVADENEYRA, op. cit. donde se transcriben los diversos proyectos que YAÑEZ y CUEVAS presentaron con la colaboración de Meyer.

⁴⁵ Cfr. VARGAS SALGUERO, op. cit.

El Congreso fue preparado por tres figuras claramente representativas del carácter que buscaba asumir: Carlos Contreras, arquitecto, profesor de urbanismo en la ENA desde 1926, fundador en 1927 de la Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana y de su órgano oficial, la revista Planificación, y director, desde 1928, del Comité del Plana Regional de la Ciudad de México; Carlos Tarditti, arquitecto, quien ya en 1924 había realizado como tesis un estudio económico sobre el problema de la habitación en México y es uno de los primeros en reaccionar, en 1930, contra el aislamiento de la SAM frente a los problemas de la sociedad y a los objetivos del estado posrevolucionario; y José Antonio Cuevas ingeniero, técnico especializado en el tema de la cimentación (extremadamente delicado por las características del suelo de la ciudad de México), sobre el que ven la experimentando con métodos originales desde 1918.⁴⁶ Se trataba de concretar vinculaciones con las iniciativas técnicas de nivel internacional, pero no tanto para someter ante éstas a la experiencia mexicana, sino para presentarles a las autoridades locales, como hecho consumado, la necesidad de fomentar esas propuestas de modo decidido. Así, a la eficaz elaboración de las iniciativas debía sumarse una no menos eficaz trama de relaciones con las distintas instancias del poder estatal, diseñando, más que un congreso de especialistas, una muestra frente al estado y a la sociedad de las ventajas de una disciplina que debía contar con su favor y su financiamiento.⁴⁷

Hay una serie de trabajos que se entroncan con estos objetivos, señalando la existencia de un campo técnico en crecimiento; trabajos como los que se presentaron en las mesas sobre “La habitación en los países tropicales y subtropicales”, o la propia ponencia del ingeniero Cuevas sobre el subsuelo, en la que presenta su sistema tomando a México como un “laboratorio de cimentación de ciudades”.⁴⁸ Pero en el mismo Congreso aparece también otra vertiente, que estará más cercana a Meyer en la construcción de su Escuela. Vertiente que, sin embargo, más que de preocupaciones técnicas, se nutre directamente de las condiciones de efervescencia político-ideológica de la disciplina y el campo intelectual en general: es el momento de mayor intensidad de la “primavera cardenista”, cuando la alianza con el movimiento sindical cargaba de sentido épico a la arquitectura al mismo tiempo que producía resultados notables, como el edificio del Sindicato Mexicano de Electricistas, de Enrique Yáñez y Ricardo Rivas; “un triunfo de carácter clasista”, como lo llamaron sus autores.⁴⁹

⁴⁶ Sobre CONTRERAS, TARDITTI y CUEVAS, cfr. idem y el libro de KATZMAN, op. Cit.

⁴⁷ Cfr. Programa del Congreso, en Arquitectura y Decoración N° 9, op. Cit.

⁴⁸ JOSÉ ANTONIO CUEVAS, “El subsuelo de la ciudad de México”, Arquitectura y Decoración, Vol. II, N° 10, agosto 1938.

⁴⁹ ENRIQUE YÁÑEZ Y RICARDO RIVAS, “Sindicato Mexicano de Electricistas”, revista Arquitectura N° 6, julio de

Esta vertiente aparece en el Congreso de modo paradigmático con el “Proyecto de la Ciudad Obrera de México”, que presentaron cuatro jóvenes arquitectos: Rail Cacho, Alberto Arai, Enrique Guerrero y Balbino Hernández, integrantes de la recientemente creada “Unión de Arquitectos en Lucha por el Socialismo” (UALS); un proyecto diseñado como experimento teórico de; ciudad que se construiría una vez instalado el socialismo en México.⁵⁰ Si se analiza la propuesta, detrás de la forma estadística de la presentación, surge con claridad que para este grupo la planificación no es sino la anticipación descomprometida (en términos disciplinares) de un futuro político so: repitiendo utopías productivistas, confundiendo planificación con mera reglamentación de la vida y los honorarios de la familia en clave biologista, la “ciudad obrera” se separa simultáneamente de la tradición del radicalismo mexicano y de las experiencias soviéticas que Meyer venía a representar justamente frente a ellos; es de experiencias soviéticas que Meyer venía a representar juntamente frente a ellos; es decir, se separa (según la fórmula que se utilizó más arriba) tanto del Meyer “alemán” como del “soviético”, ya que si algo une a ambos es la concepción del Plan como una manera realista de incidir en una situación dada, de acuerdo a condiciones establecidas que se deben conocer y analizar minuciosamente. Sólo de este modo puede explicarse la efectividad de la inserción de los “funcionalistas radicales” en el estado callista, así como la continuidad de Meyer en la estructura de la planificación soviética después de la ruptura de la mayor parte de los técnicos europeos en la URSS.⁵¹

Esto es importante evaluarlo, ya que, bien por sus relaciones personales, bien, por el tono fuertemente dogmático de su propuesta ideológica o, en algunos casos, por sus afinidades políticas, el efímero fenómeno de la UALS ha tendido a verse retrospectivamente como articulador de una línea de continuidad (que para algunos autores es, incluso, de superación) funcionalismo radical-UALS-Meyer, línea imposible de aceptar desde el punto de vista de sus premisas arquitectónico-urbanísticas.⁵²

Ya en 1932 Meyer había tratado con desdén a aquellos grupos de artistas radicales que creían que en los países capitalistas “el camino de la arquitectura socialista(...) pasa a través

1940. En el mismo número, el crítico MANUEL CHACÓN en su sección “Arquerías”, llama irónicamente “caja de píldoras” al bunker de defensa armada que los arquitectos previeron en el proyecto.

⁵⁰ CACHO, ARAI, HERRERO Y HERNÁNDEZ, “Proyecto de la Ciudad Obrera de México”, *Arquitectura y Decoración*, Vol. II, N° 11, septiembre de 1938.

⁵¹ Tal continuidad es analizada como contraste con la actitud del resto de los técnicos europeos en la URSS por MARCO DE MICHELIS y ERNESTO PASINI, *La città sovietica*, op. cit.; CECCARELLI, *La construcción de la ciudad soviética*, op. cit., señala incluso que el realismo ya era un elemento común en todas las propuestas urbanas de la polémica entre “urbanistas” y “desurbanistas”.

⁵² Esta línea de articulación-superación se desprende con claridad del texto de VARGAS SALGUERO y del de LÓPEZ RANGEL, op. cit., y aunque matizadamente también aparece en pasajes del ‘de González Lobo también citado.

de los proyectos de imaginarias “ciudades socialistas”.⁵³ Pero en las conferencias mexicanas agrega, al rechazo programático, el técnico: “hace mucho que se abandonaron (en la URSS) las grandes “máquinas habitación” de la época posrevolucionaria”, dice en su segunda conferencia como discutiendo con las enormes unidades del proyecto de la UALS; “la ciudad soviética no es una obra esquemática, sino dialéctica”,⁵⁴ concluye, recreando la larga polémica de la jerarquía soviética contra las propuestas urbanas de los años 28-32, propuestas que acabaron personificándose en el “despreciable legado” de Ernst May, según la lapidaria formulación de Mostakov en 1937.⁵⁵ Meyer mismo, al final de su conferencia, reconocerá que aceptar esto le valió una derrota profesional en Moscú; pero si se coloca en México como ejemplo personal de la incompreensión de los técnicos pequeño burgueses frente a la tarea de construcción del “socialismo real”, es sólo en la medida en que esa derrota “se convirtió en valioso impulso y en una de las emociones urbanísticas más profundas” de su vida.⁵⁶

De este modo, Meyer realiza un movimiento que alejándolo de la UALS, lo acerca por vías diversas a los técnicos más pragmáticos y a los regionalistas cos; aunque es indudable, de cualquier forma, que aquel alejamiento es relativo, en tanto se trata de una distancia técnica, y el viaje de Meyer es eminentemente propagandístico. En sus dos conferencias y en los textos que publica para reseñar su trayectoria, Meyer se muestra mucho más preocupado en propagandizar la superioridad de las posibilidades de la arquitectura y el urbanismo en el “socialismo real”, que en establecer puntos específicos de contacto con las condiciones del ejercicio profesional en la realidad mexicana; mucho más enfático en señalar que “las enseñanzas que me había procurado el urbanismo de la Europa Occidental resultaron completamente ajenas, inutilizables, insustanciales e impropias en el sistema social de la Unión Soviética”,⁵⁷ que en formalizar vinculaciones con los grupos técnicos más preparados para la tarea realista tal cual él mismo la concebía. Sólo en estas condiciones es comprensible que, a pesar de las enormes diferencias, el perfil de la UALS sintonice con los aspectos más efectistas del discurso de Meyer; sintonía que señala, a su vez, la ausencia de propuestas.

ES frente a este rol de agitador, asumido por Meyer en su primer viaje, que la UALS puede convertirse en un interlocutor privilegiado; es a ellos a quienes se dirige cuando sugiere vías de acción en México. Por ejemplo, cuando se refiere al aislamiento de la arquitectura

⁵³ HANNES MEYER, “El arquitecto en la lucha de clases”, publicado en el volumen del mismo nombre, op. cit. Publicación original: “Siegen Fragen Über Architektur”, Leva Fronta, Praga, 1931-32.

⁵⁴ HANNES MEYER, “Experiencias de urbanismo”, op. cit.

⁵⁵ MOSTAKOV, “El despreciable legado de Ernst May”, *Arhitektura SSSR* n° 9, Moscú, 1937, citado en MARIO DE MICHELIS, “La organización de la ciudad industrial en el Primer Plan Quinquenal”, en AAVV, *Socialismo...*, op. cit. También analiza el tema HANS SCHMIDT en su ya citado artículo del mismo libro.

⁵⁶ Hannes Meyer, “Experiencias...”, op. cit

⁵⁷ Idem.

local con el público (aislamiento que lo asombra en relación a la popularidad de la pintura mural), Meyer recurre a dos casos retomados de sus giras por Europa, en que los técnicos actúan sobre la realidad como “sensibilizadores” sociales: el del grupo de jóvenes arquitectos de Praga que en 1931 expuso un análisis de las condiciones residenciales de tal crudeza que motivó la intervención policial; y el de la cooperativa de Oslo que en 1932 obligó a toda la prensa a ocuparse del problema de la habitación popular mediante un reportaje gráfico sobre el estado de las viviendas en la parte vieja de la ciudad.⁵⁸ Es claro que Meyer piensa siempre en la mayor efectividad en la sociedad real. Pero, en tanto agitador, esa efectividad de la disciplina, a diferencia de lo que sucede cuando él realiza su propia práctica, aparece aquí medida en términos únicamente de dinamización de las contradicciones sociales, las que percibía tan extremas como en la Europa que tomaba de ejemplo; únicamente en términos de disolución, más que de construcción a la manera bauhausiana.

Cuando Meyer vuelva al año siguiente a instalarse en México, a levantar su proyecto de Instituto de Planificación Urbana, va a tener que modificar sustancialmente su discurso en función, entonces sí de una práctica constructiva. Transformación que lo pone en paralelo, nuevamente, a la propia transformación de la UALS: ésta se disuelve en 1939, pero no como producto de algún tipo de marginación frente a la nueva situación oreada desde los finales del cardenismo; por el contrario, casi sin solución de continuidad encontraremos a la mayor parte de los integrantes de la Unión tomando parte activa en los equipos técnicos estatales que caracterizarán a la profesión durante la década del cuarenta.

6.

En junio de 1939 Meyer vuelve a México, entonces, con un contrato de la Secretaría de Educación Pública para formar una Escuela de Planificación y Urbanismo según el proyecto que había presentado con Yáñez y Cuevas, lo que le permitió asegurar una radicación definitiva para él y su familia.⁵⁹ “Allegro energico” califica Meyer en sus apuntes a la perspectiva de una experiencia de trabajo en México, al conocimiento de esa “nueva sociedad”,⁶⁰ y todos esos primeros momentos caen bajo el influjo de aquel valor musical que la completa realidad mexicana parecía compartir con él; tanto como para permitirle no atender a los variados obstáculos que se venían interponiendo en sus planes, en particular los provocados por la dirección de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA), de la

⁵⁸ HANNES MEYER, “La formación del arquitecto”, op. cit.

⁵⁹ Cfr. Rivadeneyra, op. Cit.

⁶⁰ “Viaje al extranjero. Nueva sociedad: Allegro energico” anota Meyer en el punto 16 de sus “Apuntes para una biografía”, manuscrito inedito del archivo MEYER publicado en El arquitecto t la lucha de clases, op. cit.

que Meyer debía depender y que desde el comienzo lo acepta con recelo.⁶¹ Y si todo su viaje anterior estuvo marcado con exclusividad por la impronta de la experiencia soviética, va a ser en estos momentos de organización del Instituto de Planificación Urbana (IPU) cuando Meyer realice el intento más orgánico de recuperar su experiencia bauhausiana.

Esto se desprende con claridad del diseño íntegro del Instituto, de sus planes de estudio y de los pocos ejercicios que puede comenzar a producir: si nada de lo realizado su primer época “capitalista” le sirvió al enfrentarse a la realidad del socialismo, si ese lúcido reconocimiento le valió una integración efectiva en el proceso soviético del plan del IPU podría pensarse surgiendo del reconocimiento concomitante de que difícilmente pudiera aplicar su episodio soviético sin más en México incluso a riesgo de que todo no fuese más que un siempre volver a empezar. La tonalidad eminentemente bauhausiana que recorre estos primeros planes puede aparecer, entonces, como remisión expresa e ineludible a aquella experiencia eficaz en un contexto capitalista todo se sintetiza en conocer la realidad; conocerla, iluminarla con la luz más potente posible. Es en esta necesidad de reaplicación de su experiencia bauhausiana que se debe examinar el artículo que en 1940 publica en México: “Bauhaus-Desau. Experiencias de la enseñanza politécnica”,⁶² porque si la existencia de una efectiva reaplicación impide reducir los significados del artículo a los de una recuperación teórica, polemista, funcional exclusivamente a la “batalla personal” con Gropius y Mies⁶³ que pudiera colocarlo nuevamente en el centro de un debate internacional, al mismo tiempo, esa búsqueda señala las inflexiones operativas de la revisión, dándole a todo el intento una dramaticidad inusual.

Y es que resulta una lectura muy particular la que realiza en este artículo sobre el episodio de la Bauhaus como para pensar que la remisión a él, después de su paso por la URSS, pueda ser completa. Las similitudes entre esta Bauhaus que presenta en 1940 y el VASI (Instituto Superior de Arquitectura y Construcción de la URSS), tal como lo había presentado en 1938 en México, son notorias: en ambos, Meyer se preocupa en puntualizar, en términos análogos, cómo las “ciencias exactas” expulsaron al arte puro, cómo los talleres experimentales se vincularon directamente a las ramas de producción de cada tipo de

⁶¹ Cfr, RIVADENEYRA, op. cit.

⁶² Este artículo se ha difundido considerablemente debido a qué es el primer balance de Meyer en el que recupera orgánicamente “su” Bauhaus y a que por lo mismo ha generado llegó a generar toda una polémica con Gropius y la “otra” Bauhaus; pero siempre se lo ha tomado (en textos críticos como los de SCHMIDT o DAL CO citados) como una fuente acerca de lo que el Bauhaus de ese período fue en realidad, sin intentarse nunca el análisis del texto en las particulares condiciones de producción del exilio mexicano de Meyer. La publicación original es en la revista Edificación N°34, México, julio-sept de 1940, y se encuentra reproducido entre otros lugares en El arquitecto en la lucha de clases, op. cit.

⁶³ Tal reducción aparece explícita en el comentario al artículo que realiza RIVADENEYRA, op. cit.

industrias. El VASI pertenecía (“esto es característico”, había dicho Meyer) al Comisariado Popular de la Industria Pesada y no al de la Educación. Una vinculación institucional como ésta no podía darse, de hecho, en la Bauhaus de Dessau; sin embargo, todo el empeño del artículo está puesto en realzar, con innumerables ejemplos de efectividad en la colaboración escuela técnica-empresa capitalista, el enorme éxito de los productos Bauhaus frente a las demandas reales de la industria y el consumo. Es así que “no se trata de simple coincidencia si hoy, personas que estudiaron en el Bauhaus ejercen su profesión o enseñan en los países social e industrialmente más avanzados”,⁶⁴ dice Meyer, refiriéndose, sin duda, en primer lugar a los Estados Unidos.

De este modo, se pone en sordina la relación de necesidad (que Meyer y sus apólogos soviéticos habían puntualizado a ‘partir de 1930) entre el “fracaso” de la Bauhaus “técnica” y la “vieja estructura de la propiedad privada”, entre la imposibilidad de que una vanguardia desarrolle “su propia especialización” y la estructura capitalista de la sociedad.⁶⁵ En efecto, los motivos centrales que aparecen, en 1940, explicando la abrupta dimisión de Meyer a la dirección de la Bauhaus diez años antes, se vinculan a la acción de los elementos atrasados de la sociedad; atrasados en relación al capitalismo, precapitalistas, y no intrínsecos a su propio y necesario desarrollo: principalmente, los artesanos, que “creyeron que sus medios de mantenimiento peligraban a causa de la nueva arquitectura’ divulgada por el Bauhaus”; en segundo lugar, “los elementos conservadores que veían su cultura clásico-burguesa amenazada”; finalmente, una administración municipal ganada por la politiquería y el fascismo.⁶⁶

A primera vista no puede resultar sino sumamente extraño que sea precisamente la mimesis con la experiencia soviética la que, ahora, le desdibuje al “fracaso” de la Bauhaus de Dessau su Carácter de clase, ya que ese carácter clasista de la ruptura había sido levantado orgullosamente como bandera por Meyer, en tanto era lo que permitía resignificar a todo el episodio como un triunfo.⁶⁷ Hay al menos dos perspectivas que permiten interpretar tal desvanecimiento. La primera, la vinculación de las posiciones de Meyer con las ya comentadas de la “unidad a toda costa”, que desde el Komintern se fueron extendiendo a la gran mayoría de los partidos comunistas en los años previos a la guerra y, sobre todo, a partir

⁶⁴ HANNES MEYER, “Bauhaus-Dessau...”, op. cit.

⁶⁵ Los entrecomillados son de A. MORDINOV, en su comentario “La exposición del Bauhaus en la URSS”, Moscú 1931, donde reivindica la gestión de MEYER y analiza su fracaso como una consecuencia lógica de las condiciones capitalistas; publicado en *El arquitecto en la lucha de clases*, op. cit.

⁶⁶ HANNES MEYER, “Bauhaus-Dessau”..., op. cit.

⁶⁷ Todo el proceso de la ruptura, una vez que fue inevitable, fue presentada de este modo por Meyer, lo que se desprende tanto de sus “cartas” al burgomaestre de Dessau, como de las referencias ala experiencia que realiza en sus giras europeas en los primeros años treinta

de la entrada en ella de la URSS en 1941. El partido mexicano, en particular, al que Meyer se liga desde su llegada, llevaría ésa línea al extremo de convertirse en un mero apéndice del PRM durante todo el período de Avila Camacho, disolviendo su estructura organizativa tradicional y compartiendo, de hecho, con la Confederación de Trabajadores Mexicanos, su cambio de lema; de “por una sociedad sin clases”, se pasa a otro más ambiguo, pero que justificaba la colaboración plena con el capital: “por la emancipación de México”.⁶⁸

Pero esta perspectiva, si bien no puede dejar de aparecer como fondo, presenta más una evidencia que una explicación de los cambios. La incorporación de elementos de la experiencia soviética como atenuantes de los núcleos anticapitalistas de la Bauhaus “técnica” no puede tomarse solo como producto de una corrección ideológica; Meyer no es (a pesar muchas veces de sí mismo) a ese punto un político, sino un técnico sujeto por convicción a una línea política. Lo que interesa ver por fuera de esa sujeción, son los problemas efectivos con que debe enfrentarse en su trabajo en México que lo llevan a revisar de este modo su paso por la Bauhaus; y lo que aparece aquí en forma ineludible, lo que cambia las certezas opuestas de cada periodo de su trayectoria anterior es el tema del Estado. Es decir, la nueva relación que debe construir entre técnica y Estado en una sociedad capitalista, pero cuyo Estado es más parecido al soviético que al alemán que él llegó a conocer en la Alemania previa a la reestructuración capitalista de los años treinta y, sobre todo, la posguerra.

Es esto lo que le da el principal interés a la experiencia mexicana de Meyer en: el rigor y el fervor con que se lanza a una completa revisión, pero no para oponer a cada premisa anterior una inversa, como hizo en la URSS con su actividad alemana, desarrollando sobre cada tema contradicciones ensañadas.⁶⁹ En México, la particular situación nacional e internacional, y su inserción en un tipo de estructura estatal diversa a cualquiera conocida por él, le obliga a buscar puntos de conciliación entre experiencias que hasta entonces veía incompatibles. Lo que parece estar buscando ahora, es demostración de que puede no haber conflictos insalvables entre técnica, industria y Estado en una sociedad capitalista, siempre que el Estado aliente un efectivo desarrollo; la homologación Bauhaus-VASI, apunta fundamentalmente a dejar en claro la necesidad de que (en cualquier sociedad, parecería indicar Meyer) el Estado funcione como garante del desarrollo de la técnica.

Así, Meyer avanza desde una primer instancia acrítica, en la que dispone sin conflicto

⁶⁸ Citado en Lorenzo Meyer, “El primer tramo del camino”, op. cit.

⁶⁹ El intento de síntesis entre las distintas etapas de la carrera profesional de Meyer que realiza en México es tal vez lo que ha llevado a la mayor parte de los autores a reconstruir siempre la organicidad de tal carrera, desatendiendo (como señalamos sobre el texto de DAL CO en la nota 5) los rabiosos cambios de dirección que cada etapa nueva abría para Meyer.

de ejemplos que le resultan funcionales, según el caso de cada una de sus experiencias anteriores según el caso, de cada una de sus experiencias anteriores, tal cual hizo en las conferencias de su primer viaje; hasta una segunda instancia, más consciente y, por eso, más traumática, en la que comienza un intento vigoroso por definir una nueva posición mediante la articulación y el equilibrio, tensando al límite cada una de sus convicciones precedentes. Intento que se hace posible, a su vez, dada la estructura de escuela que debía mantener el IPU; es en la enseñanza, y no en la práctica de la planificación, donde Meyer puede intentar integrar sin conflicto el conjunto de su trayectoria.

Pero mas allá de la labor específica del IPU, durante la etapa en que éste funciona, Meyer realiza dos intervenciones en el debate mexicano en direcciones complementarias mentarías a la del artículo “Bauhaus-Desau”, mostrando diversas modalidades de la integración que propone: el proyecto que presenta en el concurso para la Casa de España en México, y el artículo que publica poco antes del cierre del IPU, en abril de 1941 “El regionalismo en la edificación de la vivienda suiza”⁷⁰.

La primera es una oportunidad sin igual para insertarse profesionalmente en México: se trata de un programa celebratorio de la causa española, ligado al esfuerzo gubernamental de repatriación masiva de republicanos, con dimensiones que lo convierten en un emprendimiento poco común y que, tratándose de un concurso por invitación, coloca a Meyer, como único extranjero, en un lugar privilegiado. En su anteproyecto, intenta combinar un extremo rigor en la disposición de los volúmenes y la traza general, con una composición monumental, que pueda ser percibida globalmente mediante configuraciones de alto valor, escenográfico, como la del acceso.

El complejo, para Meyer, como una metáfora de ciudad, debe ser una máquina exacta, que incluya lo monumental y lo épico, pero nunca lo casual; en la que todo conduzca a fines precisos; en la que las masas obreras puedan desfilar marcialmente y el conjunto volumétrico se comporte como una gigantesca obra teatral firmemente pautada.

Como señala José Luis Cuevas (asesor técnico del jurado y posiblemente el responsable de la participación de Meyer)⁷¹ es el único proyecto de los que concursan pensado como proyecto urbano; pero podría agregarse que no en tanto “proyecto de urbanista”, sino en la medida en que el intento de Meyer es, en realidad, convertir un programa arquitectónico en

⁷⁰ El proyecto de la Casa de España está publicado, junto a los de los otros concursantes, en *Arquitectura* N° 5, abril de 1940, México, y la memoria de Meyer en el artículo ya citado de PATRICIA RIVADENEYRA; “El regionalismo en la edificación de la vivienda suiza” apareció, por su parte, en *Arquitectura* N° 7, México, abril de 1941.

⁷¹ JOSÉ LUIS CUEVAS, “Concurso arquitectónico para la Casa de España en México”, *Arquitectura* N° 5, op. cit.

una ciudad en miniatura. A las grandes perspectivas centrales de matriz Beaux-Arts, o a los campus flanqueados perimetralmente de la mayor parte de los concursantes, Meyer opone una densa trama de volúmenes, terraplenes y jardines que generan una provocativa fragmentación; posiblemente el argumento central en su contra, pero el único recurso que le permitía hacer del tema un manifiesto urbano. Manifiesto, efectivamente, pero no tanto de las virtudes de una acción planificadora sobre la ciudad, sino de la virtud (más rara todavía en el México de la época), de poseer una imagen de ciudad; imagen que recurre a las fórmulas impuestas desde el Plan para Moscú por el urbanismo realista en la URSS, pero las combina con leit-motivs del vanguardismo arquitectónico hico occidental y con la utilización de fondo de la grilla tradicional de la cuadrícula hispana.⁷²

Pese al empeño de algunos de los jurados por distinguirlo con un premio,⁷³ el primero lo recibe Mario Pani y el segundo el equipo de Enrique Yáñez y Ricardo Rivas. Pero más allá del resultado, de lo excesivo del trabajo de bordado planimétrico de Meyer, es sorprendente ver hasta qué punto el Concurso adelanta temas Centrales de los que guiarán la actividad de las siguientes décadas, cuando la palabra vuelve a ser símbolo en la disciplina arquitectónica “integración”. Integración que, desde e punto de vista de la concepción urbano-arquitectónica, aparece con claridad anticipatoria en el proyecto de Meyer, en su recurrencia a un “realismo” que se afirma más en el peso de la masa que en la utilización de imágenes clasicista: ese clasicismo modernista que sustentará en forma determinante al funcionalismo monumental de la Escuela Mexicana de Arquitectura, cuyo ejemplo máximo va a ser la Ciudad Universitaria de 1950. Integración, por otra parte, que desde el punto de vista del funcionamiento institucional, de la reorganización del campo disciplinar, no podía haber aparecido en forma más paradigmática: los esquemas del primer y segundo premio (el promisorio empresario-arquitecto Mario Pani, y los jóvenes radicales Yáñez y Rivas) confluyen en disposición y expresión, señalando la progresiva homogeneización de las diversas tendencias, la “otra” integración que derivará en el esfuerzo común de construir un modo de gestión que aglutine al conjunto del campo arquitectónico.⁷⁴ Integraciones, ambas, que no son sino una; ya que la Escuela Mexicana de Arquitectura, como expresión global de la arquitectura mexicana de los

⁷² Desde otra perspectiva el anteproyecto de Meyer es analizado más exhaustivamente por Liernur en la segunda parte de este libro.

⁷³ Citado en MANUEL LARROSA, MARIO PANI, UNAM, México, 1985 y también se desprende tal empeño de los comentarios de Cuevas, op. cit.

⁷⁴ Es importante señalar esta temprana homogeneización de las diversas tendencias que también aparecerá con valor de modelo en la gestión de la Ciudad Universitaria comandada por PANI y DEL MORAL, y que a los efectos de nuestro tema tendrá un peso determinante en el funcionamiento del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE), del que también participa Meyer y que se desarrolla mis adelante.

años 40 y 50, nace de la reorganización de la disciplina frente al Estado, se constituye en el supuesto de la supresión del conflicto técnico e ideológico.

El artículo sobre el regionalismo, por último, muestra la forma en que Meyer acusa el impacto de esas búsquedas. Podría pensarse que es la evidencia de un interlocutor diverso, de un México que sutura sus divisiones, lo que le hace modificar Khai la línea central de ataque que había desarrollado tres años atrás: no es ahora la “arquitectura internacional” el principal contendiente de este regionalismo en palabras de Meyer, “el estilo tradicional de la construcción, marca colonial”;⁷⁵ estilo que venía poblando las colonias residenciales de las clases medias y altas en el momento del inicio de la gran expansión urbana. El regionalismo suizo que introduce como ejemplo para México aparece, así como un elemento vinculante de dos culturas que son, dice Meyer, “un mosaico de elementos locales y regionales”;⁷⁶ pero menos como opción política que lingüística; relacionar (y confundir) con arquitecturas vernáculas de regiones Mexicanas, busca ligar centro y periferia, desarrollo económico y particularismo local, expresión regional y consumo individual, burgués, de la vivienda.⁷⁷

El cierre del IPU marca el fin de esta primera etapa de búsqueda de una cauta conciliación; cautela que indica la conciencia de Meyer, sobre las limitaciones propias de su lugar en el Estado, y que le pone a los trabajos del IPU el plafond de no poder ser mas que análisis objetivos, escolares, que lejos de definir el problema, se obligan a un repaso de lo obvio.⁷⁸ La segunda etapa se abre con la publicación de “El arquitecto soviético”⁷⁹ después de mas de tres años de no haber recurrido explícitamente a su experiencia en la URSS, y muestra la pugna por una inserción mas decidida de Meyer en la gestión estatal. Inserción que indicara la ineficacia de aquel intento de conciliación entre sus experiencias alemana y soviética, a la hora de pasar de la enseñanza a la practica de la planificación; la necesidad de revisar, con mayor profundidad aun, dos modos tan diversos de relacionarse con la arquitectura, el estado y la política.

7.

“El arquitecto soviético” produce, evidentemente, un quiebre en relación a las intervenciones de esa primera etapa; quiebre que recupera la experiencia en la URSS, pero ya

⁷⁵ HANNES MEYER, “El regionalismo...”, op. cit., sub. Aut.

⁷⁶ Ídem.

⁷⁷ “Sus trazados de plantas (escribe Meyer sobre los ejemplos de regionalismo suizo que presenta en el artículo), con más singularidad de elementos que de conjunto, están hechos al gusto del respectivo dueño de casa, como si fueran trajes hechos a la medida, encarnación de los diversos deseos personales del dueño, de su esposa, de su suegra.”, Idem.

⁷⁸ Cfr. la serie de trabajos del IPU reproducidos por P. RIVADENEYRA, op. cit.

⁷⁹ HANNES MEYER, “El Arquitecto soviético”, *Arquitectura*, N° 9, México, enero de 1942.

no con motivaciones exclusivamente propagandísticas como en las conferencias del 38. Así como “Bauhaus-Deseu” se constituye en la revisión más completa realizada por Meyers de su polémica gestión en la escuela alemana, “El arquitecto soviético” (publicado dos años después) intenta a su vez ofrecer un panorama completo de la arquitectura y el urbanismo de la URSS, desde la época de la NEPE hasta el 3º Plan Quinquenal que recién estaba promediando.

Lo extenso del período que toma no es secundario en la necesidad de Meyer de mostrar la organicidad del avance de la experiencia soviética mas ella de su pase por ella, convirtiéndolo en una “anécdota”: a diferencia de la Bauhaus, donde su actividad se justifica en la ruptura, en la URSS el único progresismo efectivo es el realismo; realismo que le lleva a aceptar lo acontecido sin mas: lo realmente sucedido no sólo es lo posible, sino -ex-post facto- lo necesario.

Agotada traumáticamente la experiencia del IPU, la remisión explícita y celebrativa a la realidad del socialismo ofrece, en México, Varios niveles de significación. Por una parte, es la forma con que Meyer recupera públicamente su compromiso con una causa que, a partir de junio del 41, estaba atravesando (en palabras del propio Meyer) su “bautismo de fuego”⁸⁰ resistiendo la invasión nazi; situación que volvía a México (paradójicamente vía los Estados Unidos) aliado de la URSS, favoreciendo la conversión de la simpatía militante de Meyer en causa generalizable. Pero, por otra parte, representa la adopción de un modo más agresivo de inserción, en un reacomodamiento reactivo dentro de la discusión específica del campo disciplinar.

Y es que el significado completo de “El arquitecto soviético”, aparece sólo cuando se lo analiza en continuidad con la serie de comentarios sobre la arquitectura y el urbanismo en la URSS que publica un crítico mexicano en el número anterior de la misma revista; comentarios a los que sin duda Mayer debe hacer frente, ya que lo ubican como representante de las “tendencias conservadoras” del debate soviético de los primeros años treinta.⁸¹ Más allá de cierta superficialidad del comentarista sobre las polémicas del Plan para Moscú, es indudable que acierta en la caracterización general y, sobre todo, que su intención más abarcativa es volver sospechosas, mediante esa caracterización, a las propias propuestas de

⁸⁰ Idem.

⁸¹ Cfr. MANUEL CHACÓN, “Arquerías”, *Arquitectura* N° 8, julio de 1941, dedicadas a la arquitectura en la URSS, donde comentando el Plan para Moscú dice que se eligieron las tendencias “centristas”; ni las extremistas (como la de Le Corbusier) que pretendían demoler todo Moscú, ni las “conservadoras”; “es curioso hacer notar (dice luego), de paso, que un urbanista extranjero a México, pero actualmente entre nosotros, fue uno de los representantes de estas últimas tendencias, tendencias consistentes en modelar a base de zonas concéntricas, conforme a la usanza de otros tiempos”.

Meyer para México; en definitiva, el cauto intento de articulación, de este último, la búsqueda de integración entre vanguardismo y realismo que señalábamos en la etapa del IPU, no sólo se había demostrado incapaz de mantener la escuela funcionando, sino que, por añadidura, le hace correr el riesgo de verse atrapado en posiciones “reaccionarias” frente a sus interlocutores locales.

Al mismo tiempo, la presencia de la guerra es un elemento central, ya que produce mucho más que la corriente de simpatía con la URSS en la que parece apoyarse Meyer; no es sino la guerra, en realidad, lo que crea las condiciones en México para convertir la discusión y la teoría sobre la Planificación en práctica concreta. Así fue la búsqueda por recuperar un lugar progresista en el debate técnico tiene connotaciones polemistas, pero se vincula, a su vez, con necesidades precisas de redefinición de sus relaciones laborales.

En efecto, es a partir de la guerra, y del (entrelazamiento profundo de que se resume la alianza bélica),⁸² que se realizaron los primeros intentos planificadores a gran escala, modificando la visión más ideológica del Plan cardenista por criterios eminentemente pragmáticos de aplicación. Esto produce la paradoja de que la planificación puede realizarse en México gracias, precisamente, a que el 2º Plan Sexenal (que debía guiar al gobierno de Avila Camacho) no se pone en práctica⁸³. Sin renunciar a la intervención en la economía, el estado de la “unidad nacional” elimina de la herencia cardenista todo elemento corrosivo con el sector empresarial y consolida el tipo de desarrollo del México moderno el estado provee la infraestructura básica (petróleo, energía, carreteras, riego) para apoyo e incentivo de la industria privada que la Capitalizara; los planes de desarrollo los convienen entre ambos.⁸⁴

La enorme movilización de recursos que provoca la guerra, al enganchar a México como vagón del exitoso New Deal rooseveltiano, se condensa en la creación de organismos estatales como el Consejo Nacional de Economía en 1941, la Comisión Federal de Planificación Económica al año siguiente, y las comisiones nacionales de Inversiones y de Planificación para la Paz en 1944. Por primera vez desde que el callismo abre la agenda de temas de la modernización, el estado logra cerrar una fórmula capaz de articular los impulsos encontrados de la economía y la sociedad mexicanas. Y aunque las espiraciones a una planificación a gran escala no prosigan una vez concluida la guerra, los mecanismos

⁸² “La contribución real de México a la causa aliada fue de otro orden (no bélico). En virtud del tratado de comercio de 1940, una comisión de México y los EE.UU. ideó planes de producción y fijó los precios de las materias primas que México enviaría a su vecino del norte minerales más algunos productos agrícolas; se estableció también un programa de braceros para contribuir a remediar la falta de mano de obra agrícola en los EE. UU. como consecuencia de la guerra”, LORENZO MEYER, op. cit.

⁸³ Cfr. LEOPOLDO SOLIS, Planes de desarrollo económico y social en México, SEP Setentas, México, 1975.

⁸⁴ Lorenzo Meyer, op. cit.

afianzados en este momento caracterizaran la labor futura de las diversas secretarías de estado, las que ya no dispondrán de una coordinación centralizada, pero desarrollaran planificaciones sectoriales de tanto pragmatismo como efectividad.

Este vuelco de la economía mexicana produjo efectos decisivos en la disciplina arquitectónica. Por una parte, consolidando la tendencia a integrar equipos técnicos en las oficinas estatales con la participación de los arquitectos más destacados de la profesión; al mismo tiempo, consolidando la incapacidad de la disciplina de formular propuestas globales, prefiriendo siempre la acción, o la vez que sistemática, sectorial.

Como en los primeros años treinta, surgió nuevamente en la sanidad, la educación y la vivienda popular donde los profesionales desarrollarán su actividad y pondrán en práctica sus búsquedas más ambiciosas. Así los primeros combates aislados del funcionalismo parecen concluir en una fórmula aceptada universalmente, por la cual no se pone ya en duda que la misión social de la disciplina desemboca necesariamente en el trabajo en el Estado; pero, a diferencia de aquellos momentos épicos de formación de la ideología modernista esa “misión” no se vinculará más con la transformación de la sociedad, sino sólo con la inserción eficiente de la disciplina en el proceso de desarrollo económico. La estabilidad que el avilacamachismo consigue, zanjando las profundas cisuras de la sociedad postcardenista, hace desaparecer la oposición que había dado sentido al debate anterior función social de la arquitectura e iniciativa privada viabilizando la confluencia de las diversas vertientes disciplinares en una paz que, con el tiempo, se mostrará enormemente productiva.

Todo esto va creando una situación de creciente complejidad para las aspiraciones de inserción de Meyer, ya que si lo que intentó consolidar tras la idea de una escuela de planificación parece ahora reclamar un compromiso efectivo mayor, la atomización de la práctica disciplinar, por su parte, diluye hasta la desaparición lo que él podía presentar como su mejor credencial: la planificación global y centralizada.

De este modo, con “El arquitecto soviético hace el primer intento por replantear esa discusión, reintroduciendo los temas que acreditaban a Meyer para las tareas de la hora. Así como con “Bauhaus-Desau” recurrió a su mejor antecedente en la enseñanza para ofrecer como modelo de una escuela, es evidente que en la acción planificadora Mayer no posee mayor experiencia que su trabajo en la URSS; pero, además es precisamente en este terreno donde se centran sus posiciones más inflexibles acerca de la relación de necesidad entre desarrollo profesional y Socialismo. Con la enseñanza, la práctica del diseño o de la

arquitectura (ya le había señalado Mordinov),⁸⁵ Meyer considera que el arquitecto puede desarrollar en la sociedad de clases, de todos modos, un trabajo científica y políticamente útil. Pero si esto puede considerarlo incluso para el diseño urbano, nada hace pensar que hubiese dejado de ser categórico en las condiciones que vera necesarias para la planificación: “Ninguna propiedad privada de la tierra o del subsuelo (enumeraba enfático en 1938).⁸⁶ Ninguna especulación con sus fuerzas energéticas y productivas. Ningunos intereses contradictorios entre el Estado, la sociedad y e individuo. Ninguna renta inmobiliaria”, concluía.

La necesidad de hacer primar estas convicciones aparece con claridad en “El arquitecto soviético” y en el primer trabajo que realiza en esta segunda etapa, trabajo que se traduce en la publicación de “La ciudad de México. Fragmentos de un estudio urbanístico” y en el proyecto de barrio, obrero para las Lomas de Becerra⁸⁷. Este es un trabajo que realiza como director de la sección de Habitación Obrera de la Secretaría de Trabajo y Previsión que conducía Ignacio García Téllez, y en estrecha colaboración con la Oficina del Plano Regulador, que dirigía el ingeniero Arroyo dentro del Departamento Central del Distrito Federal; es decir, integrando orgánicamente el aparato de la planificación estatal.

Es importante resaltar este hecho que lo que aquí se procura sostener es que la etapa abierta por “El arquitecto soviético” es la de mayor compromiso de Meyer en la practica directa de la gestión estatal por lo tanto, la etapa que posiblemente ofrezca mayor riqueza e intensidad. Ciertamente, conviene aclarar (por otra parte) que el conocimiento historiográfico sobre las modalidades precisas de ese compromiso es lamentablemente escaso; inversamente proporcional, podría decirse, a la misma profundidad de ese compromiso. No conocemos todavía investigaciones de ninguna especie sobre los archivos de las oficinas estatales en las que Meyer colaboró, como para contar con fuentes primarias capaces de indicar cual fue su efectiva inserción, cual su papel en la consolidación del tipo de gestión que se desarrolla, qué lugar ocupó frente a los equipos técnicos locales que en estos años adquieren su definitivo perfil.⁸⁸ De todos modos, las fuentes primarias disponibles permiten sostener la hipótesis de

⁸⁵ A. MORDINOV, “La exposición del Bauhaus en la URSS”, op. Cit.

⁸⁶ HANNES MEYER, “Experiencias de urbanismo”, op. cit. (subr. autor).

⁸⁷ El artículo y el proyecto se publican en *Arquitectura* N° 12, abril de 1943.

⁸⁸ La ausencia de esta información bien podría deberse a una más de las enormes lagunas que recorren la aún incompletísima historia de la arquitectura en los países de América Latina; sin embargo, creo que aquí ha influido notoriamente el prejuicio con el que la historiografía “progresista” se ha acercado al período que comienza en 1940, despreciando en bloque todas las expresiones de la “arquitectura oficial”. Difícilmente pueda encontrarse un estudio detenido sobre la producción estatal, y los trabajos dedicados específicamente a Meyer, como los de Rivadeneyra y Rangel citados, en la semblanza que prefieren mantener de su obra y sus posiciones eluden cualquier referencia concreta a su efectiva experiencia en los equipos estatales.

un compromiso intenso, tanto por los proyectos que se conocen de Meyer como por la vinculación directa que mantiene con dependencias y funcionarios estatales por los cuales pasaba, entonces, la formulación de las principales políticas de obra pública y planificación; en los años que van de 1942 a 1946, además de los cargos ya mencionados, Meyer va a dirigir la Secretaría de la Comisión de Planificación de Hospitales del Instituto Mexicano del Seguro Social -cuando la dirección de éste la ejerce el mismo García Téllez-, va a realizar encargos para el Plan Nacional de Construcción de Hospitales de la Secretaría de la Asistencia Pública y para el Banco de Obras Públicas, y va a dirigir la Sección de explosiones y difusión del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE).

Pero si “El arquitecto soviético” surge para disputar un lugar progresista en la planificación global, cuando ésta aún se considera posible, es notorio cómo, entre aquel primer encargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión y la última participación en el CAPFCE, se va acentuando la renuncia de Meyer a sus aspiraciones totalizadoras, en favor de una adaptación a las modalidades que en la gestión estatal mexicana una vez terminada la guerra. En efecto, podría decirse que en “La ciudad de México”, para diagnosticar los problemas urbanos Meyer se remite constantemente a una situación ideal contra la que recorta la realidad que examina: sólo se entiende “La ciudad de México” a la luz de “El arquitecto soviético”; y es que, para Meyer, la ciudad socialista no sólo aparece como modelo por sus resultados, sino, principalmente, porque es la demostración material de que sólo se puede arribar a ellos mediante una planificación estatal a gran escala. Hacia 1946, en cambio, encontramos a Meyer organizando la propaganda y la difusión del CAPFCE, una de las oficinas de planificación arquitectónicas ejemplar de las nuevas condiciones: la combinación entre acción estatal y capital privado, y la parcialización del propio concepto de planificación, a enorme distancia práctica de todos los enunciados de “El arquitecto soviético”, con excepción del pragmatismo.

Es importante detenerse en los rasgos más sobresalientes de ambos momentos ya que señalan con suficiente claridad lo compleja y traumática que terminará siendo para Meyer esta mayor integración.

8.

En “La ciudad de México” se intenta un diagnóstico global, posiblemente el primero realizado en esa ciudad, que se apoya en los estudios parciales realizados como ejercicios en

la etapa del IPU;⁸⁹ aunque la diferencia esencial que separa a “la ciudad de México” de los análisis en que se basa, aún siendo un trabajo teórico, es que aquí Meyer se lanza al diagnóstico y a la interpretación. Así, logra puntualizar cuestiones clave del desarrollo metropolitano cuando la ciudad recién comenzaba a aparecer como problema, casi en los inicios del “fantástico crecimiento demográfico”⁹⁰ que en poco más de diez años duplica la población de un millón y medios tres millones de habitantes.

El tema central que condensaría para Meyer las principales limitaciones de la ciudad, es la contradicción entre la “enorme espaciosidad” y la caótica congestión del funcionamiento urbano; contradicción que explica en la renta capitalista del suelo y en la falta de coordinación entre la habitación y el trabajo. Es decir, en “las contradicciones del sistema social económico actual” y en la ausencia de una acción planificadora.⁹¹ Hasta aquí es evidente que Meyer intenta plantear desde el diagnóstico la necesidad de una gestión socialista de la ciudad: los problemas urbanos, parece decir, no podrán resolverse hasta que no se disponga de un suelo libre y hasta que un poder central no lo organice racionalmente.⁹²

Pero si ese es la propuesta global, si señalarla es la misión del técnico, ¿qué debe hacer luego, entre tanto las condiciones sociales no se modifiquen? Esta es la situación absolutamente inédita para Meyer. Inéditas porque en la URSS, las idas y vueltas entre la gestión técnica y la política, desde 1931 ya partían del supuesto de la existencia “por decreto” de la ciudad socialista,⁹³ en decir, a partir de claras premisas políticas, debía arribarse a soluciones técnicas concretas y coyunturales: cuando, refiriéndose al Plan para Moscú, entre los objetivos técnicos Meyer señala la premisa de que “Moscú debía pasar y sobrepasar las demás metrópolis del mundo”,⁹⁴ está señalando que para él la superioridad de la experiencia soviética no se debe sino a la subsunción de la técnica en la política. E inédita a su vez

⁸⁹ Por ejemplo, “Ejemplo de análisis del espacio de vida de una familia de empleado comercial en la ciudad de México DF (Puente de Alvarado)”, de ANTONIO GONZÁLEZ JUÁREZ bajo la dirección de HANNES MEYER; en “La ciudad de México. Fragmentos...”, Op. cit.

⁹⁰ Cfr. HÉLENE RIVIÈRE D’ARE y CLAUDE BATAILLON, *La ciudad de México*, SEP Setentas, México, 1973.

⁹¹ HANNES MEYER, “La ciudad de México. Fragmentos de un estudio urbanístico”, op. cit.

⁹² Incluso cuando propone soluciones parciales a problemas puntuales, y no visiones generales sobre la ciudad, acude a la experiencia socialista. Tal es el caso de la propuesta de diagonales que realiza para resolver el problema del tráfico y, simultáneamente, de la falta de ejes representativos: a partir del Plan para Moscú, el urbanismo oficial en la Unión Soviética se basa, prioritariamente, en el trazado de grandes ejes viarios que atraviesan la trama tradicional; cfr. M. DE MICHELIS y E. PASINI, op. cit.

⁹³ Es conocida la circunstancia por la cual KAGANOVICH zanjó en 1931 las turbulentas discusiones en la vanguardia soviética sobre cómo debía ser la ciudad socialista, planteando (en una célebre intervención) la futilidad de todo el debate, habida cuenta de que una vez hecha la Revolución las ciudades en la Unión Soviética eran ya socialistas, posición que se adoptó oficialmente; cfr. F. SVETLOV y S. GORNYI, “La ciudad socialista en la sociedad son clases”, artículo de 1934 reproducido por CECCARELLI, op. cit. M. DE MICHELIS y E. PASINI, op. cit., a su vez, citan de L. M. KAGANOVIC, *L’urbanisme soviétique*, Paris, 1931.

⁹⁴ HANNES MEYER, “proyecto de extensión y reconstrucción del Gran Moscú-URSS”, *Arquitectura y Decoración* N° 12, México, octubre de 1938.

porque de su experiencia alemana es importante considerar en primer lugar que, a diferencia de otros técnicos como May, Meyer no había integrado equipos de gestión estatal o administración urbana; y si en el plano más específicamente técnico arquitectónico sí podía tener claro qué hacer en una sociedad que se quiere transformar. Es porque la ausencia de compromiso con lo que se busca abolir impide la contradicción entre la propuesta técnica y la política; cuando esta contradicción efectivamente se hace presente, aparece como externa a la lógica de la propuesta técnico—política del arquitecto revolucionario, y allí el camino elegido por Meyer fue negarla, marchando a una sociedad donde esa contradicción no debía existir.⁹⁵

En México, en cambio, la situación es más ambigua; ya que es innegable el compromiso que, por una parte, liga a Meyer al proceso social y a las políticas estatales, impidiéndole reducir su rol a la denuncia de las condiciones existentes que, por otra parte, también es innegable que advierte y señala con lucidez. Este se hace especialmente notorio si se compara el diagnóstico y la propuesta eminentemente teórica de “la ciudad de México”, con las intervenciones más pragmáticas que realiza simultáneamente.

Tres meses después de publicar “La ciudad de México”, por ejemplo, Meyer participa como funcionario de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social en el “Segundo Congreso Nacional de Higiene y Medicina del Trabajo”, y allí pronuncia su conferencia “Higiene industrial y arquitectura industrial”.⁹⁶

Meyer intenta, en esta oportunidad, convencer a los industriales sobre las ventajas de un habitar digno y un lugar de trabajo confortable para el obrero en términos de rendimiento del trabajo fabril, acudiendo a ejemplos soviéticos tanto como a “los estudios norteamericanos del sistema Taylor”.⁹⁷

Este discurso está notoriamente favorecido por la matriz productivista del pensamiento, de Meyer, matriz que comparte con gran parte de las vanguardias europeas de entreguerras, pero cuya experiencia en la URSS le da matices particulares: Si también en México pareciera existir un acuerdo política—social en torno a la producción, los intereses de obreros y patrones no necesariamente debieran divergir; el sistema Taylor, en Estados Unidos y la URSS, puede ser el más eficaz, más allá de la justicia social, como instrumento objetivo y racional del desarrollo productivo. El “socialismo real” parece nuevamente permitirle a Meyer una vuelta a sus concepciones vanguardistas, pero sólo a costa de asumirse por primera vez, como un técnico eficiente que puede aportar sus conocimientos independientemente de la

⁹⁵ Cfr. FRANCESCO DAL CO, “Hannes Meyer y la venerable escuela de Desau”, op. cit.

⁹⁶ México, 1943; reproducida en P. RIVADENEYRA, op. cit.

⁹⁷ Hannes Meyer, ídem.

finalidad con que se utilicen. A distancia infinita de sus conferencias del 38, la propaganda ya no debe ser un instrumento para que el técnico denuncie, confiando en el poder de la denuncia como revulsivo social; ahora le propone a los industriales que los afiches con que el Estado propagandiza su participación en la Guerra pueden ser eficaces motivadores sociales de disciplinamiento obrero dentro de la fábrica, en momentos en que (como el mismo Meyer se encarga de señalar) se produce, al igual que había sucedido en la URSS, un monumental traspaso de mano de obra campesina a la ciudad.⁹⁸ Y es interesante notar aquí cómo, a diferencia de la combinación medida que había intentado en el IPU, sólo puede colocarse en un grado máximo de disponibilidad como técnico en México llevando á sus últimas consecuencias sus posiciones vanguardistas y realistas por separado, evitando cualquier tipo de articulación. Así puede aparecer, paralela y simultáneamente, como defensor de una planificación sólo posible en el socialismo y como técnico industrial para el desarrollo del capital; es decir, metafóricamente como un exiliado que buscara integrarse al mismo tiempo en la Unión Soviética y en los Estados Unidos. Contradicción insalvable sobre todo porque, valga la obviedad, México no es ni una ni otro; y es precisamente le particular forma en que adoptó la planificación la economía mexicana, tal cual lo veremos en al CAPFCE, lo que le permite a Meyer salvar, aunque sólo sea provisoriamente, este obstáculo.

El Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas se crea en 1944 como producto de los estudios que, desde 1942, venia llevando dentro de la Secretaria de Educación Pública José Luis Cuevas para la realización de una planificación escolar;⁹⁹ pero lo que viabiliza en realidad esa propuesta es el nombramiento de Jaime Torres Bodet al frente de la SEP a finales de 1943. Torres Bodet, ex discípulo de Vasconcelos, diplomático, poeta, activo integrante de la generación de “Contemporáneos”, fue en realidad quien, con gran pragmatismo, seleccionando y descartando elementos de las encontradas tradiciones de la política educativa posrevolucionaria y, sobre todo, introduciendo los capitales privados a la gestión estatal, sentó las bases de la planificación escolar que luego profundizaron los siguientes gobiernos.¹⁰⁰

Su llegada a la Secretaria estaba destinada, en especial, a moderar la agresiva política de derecha de su predecesor, Véjar Vázquez, quien venia agudizando las viejas polémicas entre conservadores y reformistas laboriosamente aplacados, los últimos años del cardenismo; polémicas que ya en el Maximato habían sido el motivo central de las sangrientas guerras

⁹⁸ Ídem

⁹⁹ Cfr. DOMINGO GARCÍA RAMOS, Planificación de edificios para la enseñanza, UNAM, México, 1970.

¹⁰⁰ Cfr. RAMÓN RUIZ, México, 1920-1958..., op. cit.

cristeras.¹⁰¹ Torres Bodet es una figura especial para conciliar y garantizar, en la política educativa, la posición de “unidad nacional” que permitiera modernizar sin conflictos. El particular nacionalismo moderado de esta generación de intelectuales-funcionarios, combinado con su fervor modernista -combinación no siempre apreciada durante la polémica vida pública del grupo-,¹⁰² hizo de ligante de un equipo de técnicos altamente heterogéneo y de un grupo de políticas que, durante el cardenismo, hubiesen parecido insuperablemente antagónicas: junto con la implantación reclamada por los sectores progresistas de la Ley Federal de Alfabetización, por ejemplo, Torres Bodet logra anular la tan famosa como controvertida enmienda socialista de 1934, que excluía la instrucción religiosa y exigía un concepto racional y exacto del universo; ahora la escuela mexicana debía proponer el “amor a la patria y un sentimiento de solidaridad internacional por la paz y la justicia”.¹⁰³

La Comisión Técnica del CAPFCE responderá a estas características generales con una fidelidad sorprendente, institucionalizando en el campo arquitectónico la tendencia homogeneizadora que habíamos visto asomar en los resultados del Concurso para la Casa de España en México cinco años atrás, en el crepúsculo del cardenismo. El vocal presidente de la Comisión es Villagrán García, quien en los últimos años se había convertido en la “prenda de unidad” de la disciplina, no ya en función exclusiva de su obra, sino porque habiendo sido el indiscutible iniciador de la escuela funcionalista-en tanto “escuela”- a mediados de los veinte, desde finales de la década del treinta venía desarrollando una “teoría humanista” de la arquitectura de notable influencia en la formación de varias generaciones.¹⁰⁴

Los tres vocales restantes eran: el gestor del proyecto, urbanista y compañero de Meyer en el IPU, José Luis Cuevas, y nuevamente los antagónicos

Enrique Yáñez y Mario Pani. El relato de la Comisión, para el trabajo en el interior, se había organizado por jefes de zona; y a cargo de las diversas regiones se podían encontrar a ex miembros de la UALS (Carlos Leduc (Colima), Raúl Cachó (México), Enrique Guerrero (Michoacán)), a encumbrados regionalistas de la primer camada de alumnos de Villagrán – Mauricio Campos (Nuevo León), Marcial Gutiérrez Camarena (Nayarit), Enrique del Moral (Guanajuato)-, o a miembros del más selecto establishment tradicional -Alonso Mariscal y Carlos Lazo (San Luis Potosí)-; muchos de los cuales lograron desarrollar una intensa experimentación arquitectónica de adecuación a los problemas regionales, pero

¹⁰¹ Ídem, y VICTORIA LERNER, “La educación socialista”, op. cit.

¹⁰² Cfr, OCTAVIO PAZ, “Contemporáneos”, en México en la obra de Octavio Paz, Vol. 5, FCE, México, 1987.

¹⁰³ Citado por RAMÓN RUIZ, op. cit.

¹⁰⁴ Cfr. JOSÉ VILLAGRÁN GARCÍA, “Apuntes para un estudio”, *Arquitectura* N° 3, México, 1939; artículo que inicia una serie que se prolongaron varios años en la que Villagrán termina de dar forma a una teoría tan influyente durante casi treinta años como criticada en los últimos veinte.

mancomunados en un proyecto común. Sintetizando la aspiración de Torres Bodet a una educación moderna, en la que la escuela rural no preparase “campesinos, sino ciudadanos mexicanos”,¹⁰⁵ con las aspiraciones de arquitectos que, como del Moral, pedían contemplar “con cuidado los sistemas constructivos que prevalecen en (cada) región y los materiales que ésta produce”,¹⁰⁶ se desarrolló una arquitectura caracterizada, según Villagrán -su mejor exponente-, por “su pertenencia a nuestro tiempo y a la región geográfica en que se crea”.¹⁰⁷

Como ya se adelantó, el organizador de la primera ‘muestra nacional de la obra del CAPFCE y de sus exposiciones itinerantes, el director de su archivo fotográfico y de todo el programa de edición y difusión, fue Hannes Meyer; incluso una vez alejado de México, continuó propagandizando en Europa la labor del Comité.¹⁰⁸

Desde cierta perspectiva, esta participación de Meyer podría aparecer como producto de una lógica impecable: en realidad, se podría afirmar, el CAPFCE no hizo más que materializar a gran escala las búsquedas regionalistas del cardenismo con las que Meyer sintonizó tempranamente y cuyas propuestas siguió sosteniendo en México a través de ejemplos de arquitectura suiza; por otra parte lógica institucional ya había sido festejada por Meyer en la URSS, donde la reorganización de la disciplina se logró apagando los fuegos del vanguardismo y aglutinando tras el realismo a los más diversos sectores, desde los académicos a los constructivistas (con la diferencia a favor de México, nada secundaria, de que en este país todo eso fue producto del consenso mucho más que de la cohesión). De este modo el “vanguardismo realista” de Meyer esté muy cerca del modernismo regionalista del CAPFCE, y su técnica planificadora se dispone a aceptar los vaivenes de un gobierno desarrollista que por añadidura, hacia el 46, cuando Meyer diseña la Memoria del Comité, comienza a deslizarse por una senda de progresiva segregación política que concluirá en un anticomunismo rabioso. Sin embargo, a pesar de que todos esos puntos de conexión indudablemente existen, parece más acertado retomar la idea de que Meyer no encuentra en el CAPFCE tanto un lugar de realización de sus premisas urbano-arquitectónicas, como un refugio. Que no es un lugar de realización esté perfectamente probado en la enorme distancia entre las concepciones de Meyer y lo efectivamente realizado, cuando “aún en los elementos fundamentales de la construcción de la escuela y del salón de clases no se ha unificado ni en

¹⁰⁵ Cit. por RAMÓN RUIZ, op. cit.

¹⁰⁶ ENRIQUE DEL MORAL, “informe de la zona de Guanajuato”, en CAPFCE, Memoria de la primera planeación y proyección de construcciones escolares de la República Mexicana, 1944 a 1946, México, 1946.

¹⁰⁷ JOSÉ VILLAGRÁN GARCÍA, introducción a la Memoria... del CAPFCE, cit.

¹⁰⁸ Idem.

dimensiones ni en su mobiliario;¹⁰⁹ y tanto las limitaciones impuestas por la participación privada como la total ausencia de una programación global, hacían del intento más una sumatoria de algunas excelentes soluciones arquitectónicas que un Plan, tal como Meyer lo concebía. En cambio, es más posible pensarlo como “refugio”: es evidente que, en el marco de una efectiva planificación global, Meyer se hubiese visto compelido a agudizar su contradicción entre los roles opuestos de técnico realista y planificador socialista; se hubiese encontrado mucho más expuesto a las líneas de una política que no podía compartir pero que estaba imposibilitado de combatir. El desempeño de un rol relativamente secundario, dentro de una acción atomizada de política económica a gran escala, a la vez que le permite prolongar su anhelada inserción en un proceso que aún intenta revestir de contenidos épicos, le evita enfrentarse a la realidad de la ruptura entre política y técnica; ruptura que, de aceptarse, vaciaría completamente de sentido la trayectoria íntegra de Meyer.

En efecto, si aceptamos que el elemento cohesivo de toda su experiencia fue la subsunción de la técnica en la política, en el intento más radical que se conozca de un arquitecto por convertirse en un actor anónimo de la transformación social; si aceptamos esto, entonces, sólo reproduciendo la relación de sinonimia entre “Partido de la clase” y Estado, tal cual la experimentó en la URSS, Meyer podía encontrar una línea coherente de acción técnica. Sólo depositando toda la confianza política en el Estado, delegando la propia política en él, el arquitecto planificador puede ser meramente técnico. En este mentido, la trayectoria de Meyer demuestra inapelablemente no ya la imposibilidad de una vanguardia técnica en el capitalismo ni, menos aún la relación de necesidad entre Plan y Socialismo; lo que demuestra es la imposibilidad del desarrollo a ultranza de la técnica en el Plan, capitalista o socialista, porque siempre el Plan es político; lo que demuestra es la intrínseca imposibilidad de la técnica en tanto tal, sin la mediación de la política.

Aceptar esto es lo que diferenció a Meyer del resto de los europeos en la URSS; pero una vez perdidos todos los prejuicios técnicos a favor de la política, y cuando ésta no es la de construcción del “socialismo real” sino la de la “unidad nacional”, y cuando el “Partido de la clase”, aún sin ser gobierno ni estado, apoya esa política, ¿qué margen tiene el técnico para recuperar una acción contestataria, diversa, autónoma? El Partido Comunista Mexicano tardó más de una década en advertir el rumbo del proceso político-económico que se habla abierto

¹⁰⁹ Idem. En las notas personales de Meyer sobre lo realizado por el CAPFCE que utiliza para su análisis Liernur en la segunda parte de este libro, aparece con mucha mayor claridad su posición crítica sobre el proyecto del que participaba y que, como señalé más arriba, siguió propagandizando (nuevamente “en primera persona del plural”) públicamente muchos años después. Es indudable la necesidad de Meyer de rescatar su trabajo en México desde una perspectiva progresista, incluso adjudicándose un rol que estuvo lejos de cumplir.

con la modernización en los años cuarenta, y en tomar nota de que sus intentos por integrar -a costa de su propia identidad- la coalición gubernativa, eran tomados despectivamente por el gobierno y la sociedad. Ante la opción de hierro de una integración vía la productividad y la eficacia a que esa línea política lo llevaba inevitablemente, Meyer parece haber preferido perder la disputa, eligiendo lugares de acción progresivamente menos comprometidos.

Y la disminución del compromiso no se limitará sólo a renunciar a la disputa por una planificación global; es de la arquitectura in toto de donde Meyer termina por alejarse. En el CAPFCE esto se hace notorio en los roles que ocupa: organizador visual, diseñador gráfico, editor; si en la arquitectura parece imposible, no debe haber impedimento alguno, en cambio, para que los paneles de una exposición sean modulados rigurosamente.¹¹⁰ Pero, además, es a partir de los años 46-47 cuando aumentan sus trabajos en la impresión de libros y folletos propagandísticos, cuando dedica más tiempo a sus grabados y cuando se hace cargo de las ediciones del Talles de Gráfica Popular.

Su último proyecto arquitectónico de envergadura es de 1947, la manzana de Corpus Christi para el Banco Nacional de México, que realiza como encargo privado; y en esa línea que aquí se viene denominando “vanguardismo realista” no presenta demasiadas variantes, tanto desde el punto de vista de la propia obra de Meyer como del desarrollo de las tendencias predominantes en el funcionalismo mexicano hacia finales de los cuarenta. Pero desde este proyecto hasta su regreso definitivo a Suiza se mantendrá exclusivamente en el plano de la gráfica.

La escasa historiografía que se ha ocupado del tema ha mostrado, en general, este epílogo como la consumación de la derrota de un revolucionario que arribó a una sociedad equivocada, la que desoyó su propuesta: “es fácil suponer que el segundo director de la Bauhaus llegó tarde al movimiento arquitectónico y urbanístico de México o, quizás, demasiado temprano”, dice uno de los autores que más explícitamente ha sostenido esta posición.¹¹¹ Evidentemente son interpretaciones que conllevan una visión general de Meyer y, más globalmente, del rol del arquitecto en la sociedad. Y, como posiblemente lo más

¹¹⁰ Es notorio como Meyer describe minuciosamente estos aspectos de su trabajo en el artículo que publica en la Memoria... del CAPFCE, Memoria que, por otra parte, diseña y edita. No dispongo de suficientes elementos como para afirmar con certeza la existencia de una voluntad en Meyer por ocupar ese rol secundario; bien podrían haber sido diversas sus aspiraciones encontrándose con un rechazo en el equipo de dirección técnica del Comité que le impidiese hacerse cargo de alguno de los proyectos de escuelas o de la planificación de alguna zona. Pero aún en este caso también hipotético, sí parece evidente que su forma de trabajar en los aspectos gráficos y de la exposición los levanta como manera de diferenciarse del trabajo arquitectónico del CAPFCE.

De todas maneras, el que se haya mantenido dentro del mismo en esa posición subalterna no es, a mi juicio, sino una prueba irrefutable de su vacilante actitud frente al estado mexicano y sus políticas en el campo de la planificación y la arquitectura.

¹¹¹ RAFAEL LÓPEZ RANGEL, op. cit.

importante que se ha querido presentar aquí son elementos que permitan pensar en forma diversa ese rol, un final lógico para este ensayo parece ser también el tema de la derrota; de qué derrota, si tal derrota existió.

Tal cual lo analiza Liernur en su trabajo a través de apuntes inéditos de Meyer, la decadencia espiritual e incluso física que sufre en sus últimos años en México, no deja lugar a dudas sobre el posible balance que Meyer mismo hiciera de todo el episodio. Sin embargo, la permanente búsqueda de integración que llevó adelante durante por lo menos los primeros ocho años de su residencia, los enormes sacrificios y renunciamentos teóricos, técnicos e ideológicos que hizo en función de esa integración, pueden darnos la certeza de que nos enfrentamos aquí a una derrota de tipo enteramente diverso. Porque del hermoso pasaje de Brecht para iniciar este ensayo: “¡borra tus huellas!”. En una aguda interpretación de este pasaje, Walter Benjamin escribió que no debería entender solo sólo como el discurso exasperado de un exiliado en una ciudad extranjera “Esto es exacto -dijo-. Pero no hay que olvidar una cosa: el que lucha por la clase explotada es, en su propio país, un exiliado”.¹¹²

Meyer fue en México, efectivamente, un doble exiliado desde este punto de vista; por militante y por extranjero, en un país que junto a una capacidad ilimitada de solidaridad llegó a alimentar un repudio al inmigrante lindante con el prejuicio racial. Pero, además, hay un tercer exilio que Benjamin no llegó a conocer, pero sí Meyer y aquellos miembros de esa generación de luchadores que sobrevivieron a los dos primeros y tuvieron que vivir en el mundo nuevo (esta vez sin mayúsculas) de la segunda posguerra; un tercer exilio que fue, posiblemente, el más terrible, en tanto no pudo revestirse ni siquiera de pasión: el exilio de estar condenados a vivir en un mundo incomprensible.

¹¹² WALTER BENJAMIN, “Sobre el Libro de lectura para los habitantes de las ciudades”, uno de sus “Comentarios sobre poemas de Brecht” en Brecht, ensayos y comentarios, Arca, Montevideo, 1970 (edición original: Versuche Über Brecht, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1966). En el comentario Benjamin retoma una idea de ARNOLD ZWEIG sobre el tema del exilio en el poema de Brecht.